


EDITORIAL VIDA

# A MATAR GIGANTES, *A Sacar Espinas*

Charles R. Swindoll



A Matar Gigantes Sacar Espinas

Por: Charles R. Swindoll

Formato: Rústica

Sinopsis:
No importa cuán grandes sean los gigantes o cuán inflamadas estén las espinas, este libro ofrecerá esperanza para el corazón desalentado.

ISBN: 0829720065,  ISBN-13: 9780829720068

Usos Sugeridos: Crecimiento Espiritual

Edades: 13 & Up

Tipos de productos relacionados: Inspiración y Motivación

Autor de *A Matar Gigantes Sacar Espinas*

Charles R. Swindoll

Charles R. Swindoll has devoted his life to the clear, practical teaching and application of God's Word and His grace.

A pastor at heart, Chuck has served as senior pastor to congregations in Texas, Massachusetts, and California.

He currently pastors Stonebriar Community Church in Frisco, Texas, but Chuck's ... Pulse aquí para recibir más información de Charles R. Swindoll

Consulte otros títulos de Charles R. Swindoll




Regístrese en el programa AuthorTracker de Zondervan
Regístrese en el programa AuthorTracker para recibir notificaciones sobre los nuevos títulos de Charles R. Swindoll, fechas de conferencias, promociones y más.

Detalles del producto de *A Matar Gigantes Sacar Espinas.* No importa cuán grandes sean los gigantes o cuán inflamadas estén las espinas, este libro ofrecerá esperanza para el corazón desalentado.

Descripción:

Al referirse a la realidad de la vida y a las decisiones que tomamos cada día, este libro nos permite afrontar con valor los problemas y nos enseña a vencer la soledad, la aflicción, la depresión y otras dificultades de la vida.

Tamaño de Portadas de Biblias y Libros: Linea delgada

Número de Páginas: 128

Descripción del borde del papel: Blanco

Disponible: Junio, 1995

Publicado por: Vida

# Tabla de contenido

*GIGANTES.*

*Cosas grandes. Cosas que abofetean, rugen… y resultan imposibles de dominar. Cosas tenebrosas. Sombras amenazantes que arruinan, ennegrecen… y empañan al Hijo.*

> *"Dame, pues, ahora este monte, del cual habla Jehová aquel día. Los anaceos están allí, y que hay ciudades grandes y fortificadas...Jehová estará conmigo, y los echaré…"*
>
> *Caleb*

*ESPINAS*

*Cosas pequeñas. Cosas que punzan, penetran… y progresivamente envenenan. Cosas inesperadas. Enredaderas a ras de suelo que hacen tropezar, enredan… y finalmente aprisionan.*

> *"Las espinas que yo coseché son del árbol que yo planté; ellas me han desgarrado, y yo he sangrado. Yo debiera haber sabido qué fruto de tal semilla nacería."*
>
> *Byron*

# *PRÓLOGO*

**Al tener la oportunidad de leer A matar gigantes, a sacar espinas, escrito por Charles R. Swindoll, he sido transportado a un mundo de visión, expresión y aliento, que en mis lecturas rara vez he podido encontrar. Desde que leí "El progreso del Peregrino" no había sido cautivado por figuras verbales que hayan correspondido tanto a mi necesidad, y que me hayan llenado de visión y esperanza.**

Como sabe todo lector de la literatura cristiana devocional, no se puede cerrar los ojos ante el sufrimiento. Tampoco, ante el temor, la amargura, la lujuria, los celos, y otros "gigantes" que se oponen a la obra del Espíritu Santo en nosotros. Pero los dolorosos recordatorios de nuestra humanidad pueden ser rodeados de un armazón de comprensión y de recursos para nuestro crecimiento y fidelidad. A matar gigantes, a sacar espinas, me ayuda a llenar esa necesidad, a mí y a muchos amigos.

Un día cuando estaba solo, durante una escala en un aeropuerto, mientras hablaba por teléfono un amigo me entregó un libro. Sin palabras me presentó el ministerio de consolación del doctor Swindoll. Yo estaba luchando con un asunto personal y el libro suplió lo que me faltaba en mi insuficiencia. Mientras hojeaba el libro que me habían regalado, entendí que en realidad la aflicción es para el consuelo y la salvación de otros.

Las historias sorprendentes, las frases precisas, los juicios honestos y las enseñanzas bíblicas del doctor Swindoll una y otra vez me hacen suspirar profundamente en reconocimiento y mover la cabeza en aprobación. Este libro

será uno al cual se volverá en numerosas ocasiones, en diferentes estados de ánimo y con distintas preocupaciones.

Mark O. Hatfield. Senado de los Estados Unidos

# *CAPITULO 1: A MATAR GIGANTES*

**Los gigantes son poderosos. Es fácil hablar de cómo debemos tratar con ellos, siempre y cuando estén a kilómetros de distancia y metidos en un terreno ajeno. Sin embargo, es algo totalmente distinto cuando su nariz está justa frente a la rodilla de uno de esos gigantes y en la puerta de su propia casa.**

Yo lo sé muy bien. Me he enfrentado a algunos de ellos, en el patio de mi casa, en la universidad, en la congregación y en el silencioso campo de batalla de mi propia alma.

La gente como nosotros necesita el tipo de fe que el joven David mostró cuando apresuradamente metió la mano en el frío arroyo, agarró un puñado de piedras y corrió a grandes zancadas para cumplir su cita con el King Kong original, un tipo llamado Goliat.

Vamos a enfrentar juntos a algunos de estos gigantes, ¿de acuerdo? Esos intimidadores, cuando están parados en las montañas, pueden eclipsar a la Estrella de la Mañana solamente mientras permanezcan parados y estén gritando desafiantes, pero no cuando hayan sido derribados. Ya no son temerarios cuando están postrados.

Por lo tanto, comencemos a matarlos ahora mismo. Derribémoslos uno por uno usando la honda de la fe, la piedra de la verdad y el nombre de Jehová de los Ejércitos como nuestro grito de batalla.

# CAPITULO 2: LA SOMBRA DEL GIGANTE

Cuando pienso en el gigante Goliat me viene a la memoria el relato acerca de un deportista poco común que practicaba el lanzamiento del disco. El problema era que este hombre era bizco. Por supuesto que no estableció ningún récord pero de seguro mantenía al público muy despierto.

Día tras día Goliat desfiló junto a los declives del valle de Elah lanzando amenazas y despidiendo blasfemias por aquel riachuelo, utilizando su voz de bajo profundo como si fueran veinte robas desafinadas. Goliat no sólo era feo, sino también un hombre enorme. Medía unos tres metros de alto si se le medía con los pies descalzos. Su armadura incluía una chaqueta de malla de bronce que pesaba más de noventa kilos, una lanza de hierro sólido (sólo la punta pesaba más. de diez kilos), y un gran casco de bronce. Agregue a eso un garrote, polainas de bronce, botas - Y piense en esa impresionante fachada - y vendrá a su mente la imagen de uno de los más grandes y vigorosos boxeadores de peso pesado que usted haya podido observar. Pobre del ayudante de Goliat que debía transportar el escudo del gigante. Su trabajo podía verse como un acto suicida, tal como el que cometería quien en un pequeño planeador se dirige hacia el triángulo de las Bermudas. Usted fácilmente podía darse cuenta de que Goliat era el orgullo de los Filisteos; y si usted no lo creía, sólo debía preguntarle al mismo gigante o al ejército de Saúl (si es que tenía la suerte de encontrado).

El campamento de los israelitas estaba paralizado e hipnotizado. Estaban sentados, estaban como galvanizados en sus tiendas. El único ruido que se escuchaba de las tropas israelitas, era el sonido que hacían las temblorosas rodillas de los soldados o tal vez el castañeteo de sus dientes al unísono. Con su

estrategia fundamental de intimidación, hasta ese momento Goliat había tenido un eminente éxito. Sus amenazas sonaban como un estampido a través del valle. Lo hacía con una escalofriante regularidad, y producía el resultado deseado: temor. El relato inspirado de esta historia nos informa que esos monótonos estallidos que brotaban de los labios del gigante, resonaron cada mañana y tarde durante cuarenta largos días. Sin embargo, el amanecer del día cuarenta y uno marcó el comienzo del fin del gigante de Gat.

A unos dieciséis kilómetros de distancia, un hermoso y musculoso adolescente - el más pequeño de una familia de ocho muchachos - fue enviado por su padre a cumplir un encargo. Aquel inocente mandado resultó ser un suceso trascendental en la historia del pueblo judío. Todavía con la imagen fresca en su mente, del desierto, de los senderos de la ovejas y lo que es más importante, de la impresionante presencia de Dios, David se detuvo y observó con asombro e incredulidad lo que ocurría en el campo de batalla. La escena que tenía frente a él era sorprendente para un joven cuyo intachable carácter había sido nutrido en la soledad y engendrado en actos secretos de valentía. El joven pastor simplemente no podía creer lo que veían sus ojos. Rechazando aceptar la justificación de sus hermanos y las amenazas del gigante, David conoció el juego de la estrategia filistea y la soportó por medio de una fe pura y sólida. Usted conoce bien el resultado. Con una honda de cuero muy usado, una suave piedra y una confianza inquebrantable en su Dios todopoderoso, David presentó a Goliat y a las hordas filisteas al Señor de los ejércitos, cuyo nombre ya habían blasfemado lo suficiente. El relato concluye con una declaración profunda: ***Así venció David al filisteo con honda y piedra; e hirió al filisteo y lo mató, sin tener David espada en su mano.*** 1 Samuel 17:50

Qué interesante contra estrategia. Aun hasta nuestros días permanecen dos verdades eternas en cuanto al arte de la guerra contra los gigantes. Ambas son tan apropiadas hoy como lo eran en los días de Goliat.

No se consigue prevalecer sobre los gigantes usando sus mismas técnicas. Esa es la primera lección para todos nosotros. A Goliat con todo su poder, su ruido y su armadura de hierro y bronce, bien se le podía haber confundido con un gran barco de guerra. Por supuesto que no ocurría lo mismo con David, quien ni siquiera llevaba espada. Su más grande pieza de armadura, el arma letal que lo hizo único y le dio la victoria, fue su escudo interior de fe. Este lo mantuvo libre del temor, le dio firmeza para soportar las amenazas, le dio una compostura imperturbable en medio del caos y además, aclaró su visión.

En segundo lugar, no se consigue vencer a los gigantes sin tener gran destreza y disciplina. Para ser guerreros de Dios y para pelear a su manera, se requiere más destreza y control que lo que uno se imagina. Usar la honda y piedra del Espíritu es algo mucho más delicado que usar el garrote de la carne, pero cuán dulce y definitiva es la victoria cuando la piedra da en el blanco.

¿Está usted enfrentando un gigante? Lo invito a que vayamos al archivo en el que guarda esas horribles fotos de los "gigantes más buscados" por el Señor. Es muy posible que usted en esta misma semana se haya encontrado con uno o varios de ellos. ¿Está siendo intimidado por uno de esos gigantes? ¿Ha llegado la intimidación a un nivel insoportable? ¿Le duelen los oídos por sus constantes amenazas? Le ruego que no corra, pero tampoco lo animo a que comience a buscar un garrote más grande. Actúe como David. Entregue su Goliat al Señor, el matador de gigantes. Explíquele al Señor cuán deseoso está usted de que Él gane la victoria y no el gigante; y reconozca que tampoco puede ganar usted, sino Él.

De manera que lo invito a que tome su honda, y no olvide la piedra. Así estará listo para un tiempo de victoria.

# *CAPITULO 3: TEMOR*

Recuerdo que una noche estábamos descendiendo rápidamente en medio de la densa neblina y a unos 320 kilómetros por hora; sin embargo, el piloto de los pequeños aviones bimotor disfrutaba con cada vacío, cada vuelta y cada sacudida. En determinado momento me miró, se sonrió y exclamó: "Oye Chuck, ¿no crees que esto es grandioso?" No respondí absolutamente nada. Estaba realmente atemorizado.

Mientras estaba en aquel solitario avión que un poco antes del amanecer cortaba ese cielo nublado, comencé a recordar cada uno de los versículos bíblicos que conocía y volví a confesar todo lo malo que había hecho. Eso que hacía el piloto era como conducir su automóvil a 320 kilómetros por hora en una de las carreteras más congestionadas, a la hora de mayor tránsito, cubriendo con una sábana su parabrisas y con la radio a un volumen un poquito por debajo del nivel que causa dolor en los oídos.

No podía creer lo que hacía mi compañero de vuelo. Mientras todo esto ocurría, él estaba silbando y cantando como si condujera una bicicleta por el parque. Sin embargo, su pasajero tenía sus diez uñas incrustadas en el cojín. Yo miraba con atención buscando algo, cualquier cosa, en medio de aquel colchón blanco que nos rodeaba. Nuestro registro de vuelo puede haber indicado que iban dos pasajeros en esa misteriosa mañana de un lunes, pero yo garantizaría que íbamos tres. Una indomable criatura llamada temor compartía conmigo el asiento.

El temor: un fantasma gigante. Metiéndose hacia adentro por las hendiduras del piso o filtrándose como una estremecedora niebla, la neblina llamada temor nos musita presagios de lo no visto o lo desconocido. Rodeando a las personas con su

túnica cegadora y ondulante, esta criatura musita: "¿y qué pasa si... y qué pasa si...?" Un soplo de su detestable aliento transforma a los santos en ateos, cam-biando toda la forma de pensar de una persona. Su mordisco suelta en su víctima un veneno paralizante y no pasa mucho tiempo antes que la duda comienza a entorpecer la visión. Esta criatura no muestra misericordia con aquellos que caen en sus garras. Cae con todo su peso sobre la espalda de su víctima, se ríe jubilosa de su lisiado juguete y la rodea dando vueltas y vueltas preparando otro ataque salvaje.

El temor. ¿Alguna vez ha conocido a esta bestia? Seguro que sí. Ella se desliza hacia donde usted se encuentra por decenas de entradas diferentes. El temor a fallar. El temor a las multitudes o a las enfermedades. El temor al rechazo, al desempleo o a lo que otros dicen de usted. El temor de alejarse, el temor de las alturas o a las profundidades, el temor a la distancia o a la muerte. El temor a ser usted, el temor a comprar o a vender o a un desastre económico. El temor de la oscuridad o el temor a estar solo.

Al acecho, en las sombras, en cada vuelta de la esquina lo amenaza con envenenar su paz interior y su serenidad exterior. Como es capaz de intimidar, esta criatura depende de tácticas atemorizantes y ataques sorpresivos. Observa para encontrar su momento vulnerable y entonces fuerza el candado que salvaguarda su seguridad. Una vez que entra, ataca rápidamente para transformar su músculo espiritual en debilidad intelectual. El pronóstico que se puede hacer de la posibilidad de recuperación no es ni prometedor ni alegre.

Sin embargo, se sabe que el Salmo 27 de David contiene una antitoxina de eficacia extraordinaria. Con rudos y audaces golpes, el monarca de Israel (el primer matador de gigante en los registros) anota una prescripción que garantiza

que inyectará hierro en nuestros huesos. El se enfrenta cara a cara con el temor en el umbral de su habitación presentando dos grandes preguntas: ***¿De quién temeré? ¿De quién he de atemorizarme?*** Luego cierra con energía la puerta en las narices del temor y declara: ***No temerá mi corazón... yo estaré confiado*** (v. 3)

Luego el salmista silba y tararea mientras regresa a la sala, la cocina, su oficina o el dormitorio, recordándose a sí mismo la dosis diaria que se requiere para contrarrestar los repetidos ataques del temor:

| ORACIÓN | Una cosa he demandado a Jehová | (v. 4) |
|---|---|---|
| **VISIÓN** | Para contemplar la hermosura de Jehová | (v. 4) |
| **PALABRA DE DIOS** | para inquirir en su templo | (v. 4) |
| **PROTECCIÓN DIVINA** | Él me esconderá en su tabernáculo en el día del mal... Me ocultará. . . me Pondrá en alto. | (v. 5) |
| **ADORACIÓN MOMENTO A MOMENTO** | Cantaré y entonaré alabanzas a Jehová | (v.6) |
| **DESCANSO** | Hubiera yo desmayado, si no creyese… aguarda a Jehová | (v. 13 – 14) |
| **DETERMINACIÓN** | Esfuérzate y aliéntense tu corazón | (v. 14) |

¡Cuánto necesitaba esta prescripción mientras me encontraba en el estrecho lugar del copiloto en aquel avión y mientras nos lanzábamos en picada de cientos de metros en medio de la densa niebla! Puede ser que un frío cielo nublado

oscurezca su horizonte en este momento. Quisiera decirle: compartamos el mismo asiento y descansemos. El Señor nunca ha errado la pista de aterrizaje a pesar de los siglos de temeraria niebla. Sin embargo, usted debe ajustar su cinturón de seguridad, amigo, porque antes de aterrizar el avión puede moverse mucho.

Qué lástima que el valor no venga como las pas-tillas para el mareo, en un hermoso paquete. Tengo un amigo en Texas que con alegría hubiera comprado toda la farmacia mientras vivía algunos días oscuros hace algún tiempo atrás. Tal vez usted nunca ha oído de una pendenciera señorita que llegó a ese lugar y que se llamaba Huracán Caria. Déjeme decirle que ella era una coqueta.

Ella le guiñó el ojo a la ciudad de Galveston, dio un silbido a Palacios, levantó la mano a Corpus Christi, bailó con Port Lavaca, y se alejó con Rock-port, Arkansas Pass y con la mitad de la isla Matagorda. Su previo acompañante advirtió que ella era una mujer malvada, pero muy pocos pescadores estuvie-ron dispuestos a creer los rumores que comenzaron a soplar desde las veleidosas aguas del golfo. Ella no sólo era malvada, era muy cara y cruel. Aquella cita de mediados de septiembre terminó costando 400 millones de dólares y cuarenta vidas.

Este amigo mío vivió esa prueba. Pasó dos días y dos noches terribles sin dormir, metido en el desván, rodeado de serpientes venenosas y otros insolentes visitantes que habían sido sacados violentamente de su medio ambiente. Los gritos de Carla que venían del exterior se mezclaban con ciertos rugidos bajos y profundos del gigante llamado temor. Compararía el valor de mi amigo y de todos aquellos que como él soportaron la furia de Carla, con cualquiera que haya cortejado a una de las hermanas de la muerte y haya sobrevivido para describir su romance.

EL VALOR. Tiene varios nombres: bravura, osadía, audacia, hidalguía, heroísmo, atrevimiento. También tiene un apodo más conocido: agallas. Pero sin importar el nombre, el valor es más que un rival para el temor. Sólo LO alientan las alturas del Hima-laya. Solamente lo animan las profundidades del Caribe. Lo estimulan los sonidos de la guerra. Lo motivan las dificultades de un trabajo. Lo inspiran las demandas de una competencia. La crítica lo reta, la aventura lo levanta, el peligro lo incita y las amenazas lo avivan.

El valor es sólo otra palabra para fortaleza interior, para describir la presencia de buen juicio frente a las fuerzas superiores; el valor es la determinación para persistir. Es mostrar osadía y perseverancia, y sopor-tar lo inclemente. Es mantener el poder. Es lo que mantuvo a los pioneros de los Estados Unidos moviéndole en carros tirados por caballos a pesar de la inclemencia del tiempo, las montañas y las flechas encendidas que les eran lanzadas. El valor es lo que hace que un minusválido rechace la autocompasión y continúe tomando a la vida por el cuello. Es lo que mueve a un matrimonio que tiene conflictos a nunca decir: terminemos. Es lo que anima al divorciado a enfrentar el mañana. Es lo que mantiene a la joven madre con hijos, a pesar de la crisis personal de energía. Es lo que mantiene a una nación libre, a pesar de los ataques. Tomás Jefferson escribió lo siguiente en una carta dirigida a William Stevens Smith:

El árbol de la libertad cada cierto tiempo debe ser refrescado con la sangre de patriotas y tiranos. Ella es su abono natural.

EL VALOR. Se alimenta de los gigantes. Es lo que David tenía cuando tomó su honda en el Valle de Ela. Daniel lo demostró cuando rechazó inclinarse en adoración frente a la estatua de Nabucodonosor en Babilonia. Elías lo demostró cuando enfrentó a los profetas de Baal en el monte Carmelo. Job lo mostró

cuando estaba cubierto de sarna y rodeado por la incomprensión. Moisés lo usó cuando se paró frente al Faraón en la corte egipcia y rechazó ser intimidado. La realidad es esta: es imposible vivir para Cristo victoriosamente sin tener valor. Por eso el mandamiento divino a Josué que se repite tres veces, es tanto eterno como verdadero: ***Esfuérzate y sé valiente*** Josué 1:6, 7,9.

¿Lo es usted? Pero conteste con sinceridad: ¿Lo es usted? ¿Está usted preparado para abandonarlo todo, a correr cuando las cosas se pongan difíciles, cuando la sombra del gigante se vislumbre en el horizonte?

Que siempre recordemos todos que el valor real no está limitado al campo de batalla, a la pista de automóviles de carrera de los 800 kilómetros de Indianápolis o a atrapar a un ladrón en la sala de su casa. Las pruebas reales del valor son más amplias, más profundas y más silenciosas. Las verdaderas pruebas son las pruebas interiores tales como permanecer fiel cuando nadie lo está mirando, soportar el dolor cuando no hay compañía, o permanecer firme cuando nos entienden mal.

Tal vez a usted nunca le pidan que comparta su desván con una serpiente venenosa, o que se clave en picada en un pequeño avión en un día de densa niebla, o nunca se le pida que pelee con un gigante filisteo. Pero cada día, de alguna manera, su valor será probado. Su prueba puede ser tan sencilla como decir "no", tan intranscendente como tener que lavar un montón de ropa sucia, o tan desconocida y no anunciada como una lucha interna entre lo malo y lo bueno. Los ganadores de medallas de oro divinas lo hacen en secreto, pues la mayoría de sus actos de valor ocurren muy profundos, en el interior, lejos del aplauso de la opinión pública, allá en el desván, o quizás cuando se encuentra solo frente a un gigante.

# *CAPITULO 4: AMARGURA*

Durante el tiempo que serví en la Marina, mi esposa y yo arrendamos un pequeño departamento en San Francisco. El dueño era un hombre que quedó minusválido al ser herido en la Segunda Guerra Mundial. Fue capturado en la Isla Walce, más tarde confinado por años en China, y quedó paralizado al ser golpeado por un soldado enemigo con la culata de un rifle.

Cuando visitaba a este dueño de casa él podía relatarme una historia tras otra acerca de cómo había sido tratado con tanta barbarie. Con un lenguaje vil y emociones intensas, habló de las torturas que soportó y de su intenso odio por los japoneses. Sin duda era un hombre a quien se le había hecho un daño horrible. En realidad no pudiera ser calculado el constante sufrimiento que experimentaba, ni podía medirse el dolor que vivía. Me identifiqué profundamente con él.

Sin embargo, existía otro factor que hacía que su existencia futura más lamentable. El dueño de nuestra casa se había convertido en un hombre amargado. Aunque ya habían pasado trece años desde la guerra, a pesar de que había sido liberado del campo de concentración, aunque ahora podía físicamente seguir adelante, a pesar de que él y su esposa poseían una cómoda casa y tenían ingresos adecuados, este hombre minusválido estaba atado por las garras de la amargura. Él seguía peleando una batalla que debía haber terminado muchos años antes. En realidad, él estaba todavía en una prisión.

Su amargura se manifestaba en un intenso prejuicio, una actitud de amargura y que podía describirse con la expresión "todos quieren aprovecharse de mí". Estoy convencido de que en 1957 él se sentía más desdichado que en 1944. No existe un tormento como el tormento interior de un espíritu que no perdona. Ese es un

espíritu que rechaza ser apaciguado, que se opone a ser sanado, que se niega a olvidar.

En el Nuevo Testamento, cada mención del término amargura proviene de la palabra griega pie. Esta palabra significa "cortar, punzar". Conlleva la idea de una punzada o perforación con algo penetrante y punzante. Leemos en Lucas 22:62 que "Pedro... lloró amargamente". Él lloró porque fue punzado en su conciencia. Diríamos que fue cortado hasta lo más profundo. En Hechos 8:23 se nos dice que un hombre estaba en "hiel de amargura" cuando trataba de aparecer como piadoso y con poder espiritual. Él era simplemente un farsante religioso, amargado hasta lo sumo.

Hebreos 12: 15 establece que una raíz de amargura puede brotar, causar problemas y provocar que muchos sean contaminados. Usted no puede alimentar la planta de la amargura y al mismo tiempo ocultado. Las raíces amargas traen frutos amargos. Usted puede pensar que puede escondida, vivir con ella, sonreír y mantenerla, pero no es posible. Lentamente, en forma inexorable, la herramienta cortante y afilada llamada falta de perdón, saldrá a la superficie. Aquel vástago encontrará formas insidiosas de penetrar en otros. Irónicamente, quien más sufre es quien azota a los que lo rodean. Él precisamente se convierte en la víctima del gigante que intenta asesinar.

¿Cómo puedo hacer tal declaración? Por lo que dice la parábola de Jesús en Mateo 18. Busque su Biblia y lea los versículos 21 al 35. El contexto de este pasaje es "el perdón". El personaje principal de este relato es un hombre que se niega a perdonar a su amigo, a pesar de que él mismo ha sido recientemente liberado de una enorme deuda en la que había incurrido. Debido a este tácito

rechazo a perdonar, este hombre amargado fue "entregado a los verdugos". Luego Jesucristo agrega:

Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas (v. 35).

¿Entendió bien lo que Jesucristo dice? Dice que quienes rechacen perdonar, aquellos que viven en la hiel de la amargura, se convertirán en víctimas de tortura, es decir, un intenso tormento interno. Si alimentamos sentimientos de amargura, estamos poco mejor que un prisionero en un campo de concentración interno. Así nos encerramos en una cámara solitaria de aislamiento, que ha sido amurallada con nuestro propio rechazo a perdonar.

Por favor, recuerde que Jesucristo les estaba hablando a sus discípulos y no a los incrédulos. El cristiano es un candidato a la confinación, condenado a ese sentimiento indescriptible, y estará allí hasta que pueda perdonar total y completamente a quienes lo han ofendido, aunque ellos hayan cometido el error.

Ahora puedo entender por qué Pablo puso la amargura al principio de la siguiente lista:

Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdona a vosotros en Cristo (Efesios 4:31-32).

Por usted mismo, lo animo a que quite en este momento toda "raíz de amargura". Asesine a ese gigante con la suave piedrecilla del perdón. No existe razón para permanecer ni un minuto más en un campo de prisioneros de guerra. La ruta de escape está claramente marcada. Esa esta lo lleva hacia la cruz, hacia aquel lugar en que el Único que tenía todo el derecho de estar amargado no lo estuvo.

# *CAPITULO 5: CELOS*

**Como una rata cegada por la ira y media muerta de hambre rondando en los apestosos desagües que van por debajo de una calle, así es la persona encerrada en la esfera sofocante del celo egoísta. Atrapada por el resentimiento y enferma por la rabia, la persona se alimenta de la suciedad de su propia imaginación.**

Proverbios 6: 34 dice que ***"los celos son el furor del hombre".***

Cuando se escribía el Antiguo Testamento, los hebreos usaban solamente una palabra para describir el celo. La palabra era kannah, que significa "estar intensamente rojo". El término describía a aquél cuya cara se sonrojaba en el momento en el que subía hasta su cara un flujo de sangre que anunciaba el surgimiento de emociones. Para demostrar la cruel ironía del idioma, la palabra "pasión" viene de la misma palabra que "celos".

Funciona de esta manera. Cuando yo amo mucho a algo, en realidad, demasiado, lo busco con celo. A veces lo deseo ardientemente; en efecto, deseo poseerlo por completo. Pero cuando aquello que amo se me escapa de las manos y pasa a las manos de otro, comienzo a experimentar ese súbito sentimiento corrosivo de los celos. Extrañamente, aquel sentimiento de fervor y amor comienza a cambiar. Debido al tenebroso y transformador poder del pecado, mi amor se torna en odio. En algún momento fui sensible, feliz, llena hasta el borde de deleites exquisitos, pero ya no. Ahora estoy encerrado en un angosto ámbito de ira interior; me siento intensa y locamente enojado.

Los términos celos y envidia a menudo se usan en forma intercambiable, pero hay una diferencia. La envidia comienza con las manos vacías, anhelando lo que no

tiene. Dante describe a la envidia como un mendigo ciego a quien le cosió las pestañas con hilo y quedaron cerrados sus ojos. El hombre envidioso no es razonable, porque está encerrado dentro de sí mismo. Los celos no son exactamente lo mismo. Comienzan con las manos llenas, pero se sienten amenazados de perder la abundancia que tienen. Los celos son el dolor de perder lo que tengo porque no quiero que pertenezca a otro y siento que lo voy a perder a pesar de todos mis esfuerzos por mantenerlo. Escuche el tormentoso grito de Otelo cuando siente temor pues cree que está perdiendo a Desdémona:

Preferiría ser un sapo y vivir en la bruma de un calabozo que apartar un rincón en la cosa que amo para el uso de otros. (Otelo III.iii.270)

Ese fue el pecado de Caín. Él estaba celoso de Abel. Caín se resintió porque Dios aceptó a su hermano. Sin duda, en su rostro se vio la emoción y la ira cuando Dios se agradó del sacrificio de Abel. No fue sino hasta que la sangre caliente de Abel se derramó sobre las crueles manos de Caín que el celo se apaciguó. Salomón bien pudiera haber escrito el epitafio para la tumba de Abel:

Duros como el Seol los celos; sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama. (Cantares 8:6)

Cualquiera que haya experimentado liberación de este gigante infernal conoce de sobra el salvajismo de su ataque. Los celos diezmarán la amistad, disolverán un romance y destruirán un matrimonio. Los celos producirán tensiones en los rangos profesionales, anularán la unidad de un equipo, arruinarán una congregación y separarán a los predicadores. Los celos nutrirán la competencia desleal en un coro, traerán amargura y motivarán a señalarse con dedos acusadores entre los talentosos músicos y capacitados cantantes. Con ojos bizcos el gigante de los

celos cuestionará los motivos y se lamentará del éxito de otro. Los celos llegarán a ser severos, sospechosos, estrechos de visión y negativos.

Yo sé lo que digo. Viví muchos de mis primeros años en las tuberías de los celos. Esas tuberías subterráneas, miserables y llenas de gases. Allí viví respirando esos gases y obedeciendo sus mandatos. Era como vivir en agonía.

Pero finalmente, por la gracia de Jesucristo, me di cuenta de que no tenía que vivir en las tinieblas. Tumbé al gigante de los celos, me alejé de él y la liberadora luz del sol captó mi corazón. Entonces me di cuenta de que el aire era muy fresco y limpio. Ah, ¡qué diferente ha sido desde entonces! En realidad es un deleite total.

Pregúntele a mi esposa.

# *CAPITULO 6: LUJURIA*

**Sansón fue un hombre fuerte, pero con una gran debilidad por las mujeres. A pesar del hecho de que nació de padres piadosos, a pesar de que fue apartado desde su nacimiento para ser un nazareo y elevado a la envidiable posición de juez de Israel, él nunca conquistó al implacable gigante llamado lujuria. Al contrario, Sansón constantemente era conquistado por ella. Algunas cosas que ilustran su inclinación lujuriosa se pueden observar en los registros de su vida que aparecen en el libro de los Jueces:**

1. Las primeras palabras registradas que salieron de su boca fueron: Yo he visto en Timnat una mujer (14:2)
2. Se sintió atraído al sexo opuesto estrictamente por la apariencia exterior: Tómame ésta por mujer, porque ella me agrada (14:3)
3. Él juzgó a Israel por veinte años y luego volvió a su viejo hábito de perseguir mujeres: una prostituta en Gaza y finalmente Dalila (15:20-16:4).
4. Lo preocupaban tanto sus deseos lujuriosos que no se dio cuenta de que el Señor se había apartado de él (16:20).

Los resultados de las relaciones ilícitas de Sansón son conocidos por todos nosotros. El hombre fuerte de Dan fue llevado cautivo y se convirtió en un esclavo en el campamento enemigo. Sus ojos fueron arrancados de su cráneo y fue designado para convertirse en el prisionero que movía un molino en una cárcel filistea. La lujuria, un gigante encarcelador, ata, ciega y muele. El trigueño orgullo de Israel, quien una vez tuvo el más alto cargo en su tierra, era ahora el payaso calvo de filistea. Sus ojos nunca más volverían a mirar errantes. Su vida, antes llena de promesas y dignidad, era ahora un cuadro de la desilusión, la impotencia

y la desesperación. Anote en sus registros otra víctima de la lujuria. Los perfumados recuerdos de placeres eróticos en Timna, Gaza y el infame valle de Sorec, estaban ahora aplastados por la pútrida pestilencia de un calabozo filisteo.

Sin darse cuenta de esto, Salomón escribió otro epitafio. Éste era para la tumba de Sansón:

Prenderán al impío sus propias iniquidades, y retenido será con las cuerdas de su pecado. Él morirá por falta de corrección, y errará por lo inmenso de su locura. (Proverbios 5:22-23).

Estas mismas palabras pudieran ser talladas en el mármol de muchas tumbas. Me viene a la mente, por ejemplo, Marco Antonio, quien fue llamado el pico de oro de Roma. Al inicio de su vida de adulto estaba tan consumido por la lujuria que en determinado momento su preceptor gritó muy disgustado:

Oh Marco, oh niño colosal... capaz de conquistar el mundo, ¡pero incapaz de resistir una tentación!

Pienso en un señor que conocí hace algunos meses. Un buen maestro bíblico itinerante. Me dijo que había estado manteniendo una lista confidencial de nombres de hombres que alguna vez fueron sobresalientes expositores de las Escrituras, hombres de Dios capaces y respetables, pero que naufragaron de su fe en los bancos de arena de la corrupción moral. En aquel momento me dijo que la semana anterior había ingresado el nombre número cuarenta y dos en su libro de registros. Me dijo que esta estadística triste y sórdida había provocado que él tuviera extrema precaución y mayor discreción en su propia vida.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando me contó esa historia. Nadie es inmune. Usted no lo es, ni yo tampoco. La lujuria no hace distinción de personas. Sea por

medio de un asalto salvaje o una sutil sugerencia, la mente de un gran número de personas es susceptible a sus ataques: hombres o mujeres, profesionales brillantes, amas de casa, estudiantes, carpinteros, artistas, músicos, pilotos, banqueros, senadores, plomeros, promotores y predicadores. Su tentadora voz puede infiltrarse en la mente más inteligente y hacer que su víctima crea sus mentiras y responda a su tentación. Y cuidado, este gigante nunca se rinde, a él nunca se le acaban las ideas. Ponga cerrojos en su puerta principal y golpeará en la ventana de su dormitorio, se arrastrará sigilosamente hacia su sala por medio de la pantalla de su televisor o le guiñará el ojo desde una revista en su estudio.

¿Cómo maneja usted a tan agresivo intruso? Lo invito a que trate esto. Cuando la lujuria le sugiera un tentador lugar de cita, envíe a Jesucristo como su representante.

Que Él le diga a su indeseable pretendiente que usted no desea nada con ella, nada. Que el Señor le recuerde que debido a que usted y Cristo han sido unidos, usted ya no es esclavo de gigantes. Su muerte y resurrección lo liberó de la sofocación del pecado y le dio un nuevo Señor. Y antes de dar al gigante de la lujuria un fuerte empujón para sacado de su vida, que Cristo le informe que la paz permanente y el placer de que está disfrutando en su nuevo hogar con Cristo, son mucho más grandes que la excitación temporal de la lujuria y que usted no necesita su compañía nunca más para mantenerle feliz.

¿Seguiremos pecando ahora que no tenemos que hacerlo? El poder que ejercía el pecado en nosotros quedó roto cuando nos hicimos cristianos y nos bautizamos para entrar a formar parte de Jesucristo, cuya muerte desbarató el poder de nuestra naturaleza pecadora. Simbólicamente nuestra vieja naturaleza amante del pecado quedó sepultada con El en el bautismo en el momento que moría, y

cuando Dios el Padre, con poder glorioso, lo volvió a la vida, se nos concedió su maravillosa nueva vida para que la disfrutáramos (Romanos 6:3-4,' La Biblia al Día.)

Pero la lujuria es persistente. Si ese gigante golpea a su puerta una vez, lo volverá a hacer. Y volverá otra vez. Usted está seguro tan sólo cuanto dependa del poder de su Salvador. Trate de manejado por sí solo y perderá todas las veces. Esta es la razón por la que somos exhortados una y otra vez en el Nuevo Testamento a huir de la tentación sexual. Recuerde que el gigante de la lujuria está comprometido a hacer la guerra contra su alma. Le meterá en una batalla de vida o muerte, en un combate mano a mano. Corra a esconderse. Grite pidiendo refuerzos. Solicite un ataque aéreo. Si usted se mete en una situación que lo deje indefenso y débil, si deja su puerta tan sólo un poquito entreabierta, puede estar seguro de que aquel antiguo gigante la abrirá con disparos poderosos. Por lo tanto, nunca la deje abierta. No le deje ni una rendija abierta.

José fue un creyente dedicado y bien disciplinado y lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que no podía bromear con el gigante de la lujuria sin ser vencido por él. Cuando llegó el momento para una apresurada huida, el hijo de Jacob prefirió dejar su chaqueta tras de sí, antes que dudar y dejar su pellejo. Pero Sansón fue tan qué pensó que pudiera acariciar la lujuria, inhalar su intoxicante perfume y disfrutar su caluroso abrazo sin correr el más mínimo riesgo de quedar atrapado. Lo que parecía ser una suave, inofensiva y atractiva paloma de amor secreto, se transformó en una maloliente y horrenda ave de rapiña.

La lujuria es una llama a la que ninguno debe atreverse avivar. Se quemará si lo hace.

Si Sansón pudiera ocupar mi lugar le entregaría a usted este mismo mensaje de advertencia, porque él, estando muerto, aún habla.

# CAPITULO 7: DEPRESIÓN

Los humeantes tonos de la voz de Peggy Lee de cuando en cuando cruzan mi mente tal como lo hace la brisa marina sobre una playa seca y bañada por el sol. ¿Es eso todo... es eso todo lo que existe...?

Sin tener la intención de tener amargura, me he hecho la misma pregunta después de vivir determinadas circunstancias. Creo que todos lo hemos hecho. La verdad es que somos muy parecidos a la ola en que nos encontramos. Cuando nuestros espíritus están en lo alto, estamos inundados de optimismo, esperanza y una agradable expectativa. Pero cuando nos encontramos en la marea baja estamos sumidos en la decepción y el desánimo y mantenemos pensa-mientos llenos de desilusión. Generalmente tenemos la tendencia a esconder de los demás la marejada interna que sentimos. Nos protegemos con gruesas capas de imagen pública, brillante por la cera de la superficialidad y embellecida con un cliché religioso, o tal vez dos. Pero mientras tanto, cuando aparece la marea menguante, cuando los vientos fríos azotan la arena vacía, allí en las profundidades, lentamente, se mueve otro gigante, un gran dragón llamado Depresión.

Si usted es uno de aquellos que sincera y verdade-ramente nunca anda en la marea baja, si es alguien que nunca siente esas opresivas punzadas de la depresión periódica (estoy seguro de que hay pocos), entonces usted no entenderá lo que intento pintar o las molduras que he elegido para este cuadro. Pero si usted es como yo, no necesita de un guía que lo lleve por la galería donde existen sombras que despiden sus extenuantes auras.

Hay peculiares mareas bajas que a menudo siguen a las grandes victorias. ¿Es eso todo... es eso todo lo que hay en la victoria? Elías se preguntó eso. Cuando

todavía estaba fresca en su mente la imagen de la sorprendente victoria en el monte Carmelo, el profeta se sintió vulnerable y atemorizado. Debajo de las nudosas ramas de un torcido enebro, levantó su voz delante de Dios, no para despedir una alabanza espontánea, sino por estar abrumado por la autocompasión. Elías estaba experimentando la marea baja que a menudo sigue a las victorias.

También hay aquellas mareas bajas muy especiales que acompañan a una gran visión. ¿Es eso todo... es eso todo lo que hay en la visión? Pablo preguntó eso. Habiendo dado pasos gigantescos para avanzar en grandes regiones de Asia y habiendo forjado una teología impecable que serviría a la iglesia a través de los siglos, el apóstol fue atrapado por la marea baja. Él lo admite libremente en su segunda carta a sus amigos de Corinto:

Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida (2 Corintios 1:8).

Mientras se encontraba en las alturas al alcanzar una vasta y amplia visión, el apóstol Pablo tropezó y cayó en un profundo pozo de súbita desesperación. Agotado, solitario y emocionalmente consumido, el apóstol llegó hasta el fondo. La gran visión a menudo, está acompañada de una baja marea, una enfermedad que no está limitada a los santos del primer siglo.

También hay aquellas mareas bajas que acompañan a nuestros momentos de gran valor.

¿Es eso todo... es eso todo lo que hay en el gran valor? David preguntó eso. Él había asesinado al gigante y se había casado con una princesa. Fue un peleador

de primera línea, capaz y temerario, pero a pesar de ello se convirtió en el blanco al que dirigía su espada su propio rey. Aunque era un guerrero probado y dedicado, sin comparación en los rangos de Israel por su valor, fue forzado a huir. Esto lo atolondró, de manera que apareció como un loco delante del rey de Gat. Aquel hombre que había sido exaltado como un hombre de valor, ahora estaba allí y "se fingió loco entre ellos, y escribía en las porradas de las puertas, y dejaba correr la saliva por su barba" (1 Samuel 21: 13). David había peleado con osos, había luchado con fuertes leones y destrozado al gigante filisteo. Sin embargo, canjeó un gigante externo por uno interno y ahora estaba rendido e impotente frente a la marea baja. Todo su valor parecía un sueño vacío y barato.

La marea baja de la depresión. Cuán dolorosa pero esencial es. Sin ella los cambiantes océanos se con-vertirían en cuerpos de agua aburridos y pronosticables, sin un matrimonio misterioso con la luna, y sin su atractivo magnético y romántico. Sin la marea baja de la depresión no habría necesidad de la existencia de Eliseo que ministraran a los Elías; no habría necesidad de que los visionarios cayeran de rodillas reconociendo su dependencia de Dios ni los valientes serían recordados acerca de cuál es su fuente de fortaleza.

¿Es eso todo...? ¿Es todo lo que hay en las mareas bajas? Por supuesto que no. Hay más, mucho más y gran parte de esto no puede describirse, solamente puede ser descubierto.

# CAPITULO 8: SOLEDAD

**Esta es la palabra más solitaria de todo el lenguaje humano. Es capaz de poner la carga más pesada que el corazón puede soportar. Esta palabra no tiene favoritos, ignora todas las reglas de la cortesía, no conoce frontera ni barrera, no muestra misericordia, rechaza todo trato y detiene el reloj con absoluto desprecio. No podemos sobornar a la soledad ni se puede dejar atrás. El amontonamiento de la gente sólo la empeora, las actividades sólo la profundizan. Es tan silenciosa y destructiva como el desbordamiento de un río que, en medio de la noche, al abandonar su fangosa ribera se filtra hacia nuestras moradas para llevamos a la cresta de una ola de desesperación. Las lágrimas caen de nuestros ojos así como los lamentos salen de nuestros labios, pero la soledad, aquel huésped no invitado de nuestras almas, llega al atardecer y se queda para la cena.**

Usted no ha conocido lo más profundo de la melancolía hasta que la soledad no le haga una larga visita. El gran compositor Piotr Tchaikovski la conoció y por eso escribió las siguientes palabras en un tono menor:

***NADIE MÁS QUE UN CORAZÓN SOLITARIO PUEDE SENTIR MI ANGUSTIA...***

Simplemente, no existe otra angustia como la consumidora angustia de la soledad. Pregúnteselo al preso en una cárcel un día por la tarde, o a los hombres en alta mar que se encuentran a miles de kilómetros de distancia de sus hogares, o en algún bar de la esquina. Pregúntele al divorciado en su pequeño apartamento; o a quien acaba de enterrar a su cónyuge o a aquella pareja que sufre por la partida de su hijo. Y hasta pregúntele a algún soltero, con una mente totalmente enfocada en su carrera profesional y que prepara comida para uno y se acuesta temprano;

está solo, rodeado por los silenciosos recuerdos de una canción del pasado y la decepción del presente.

En el camino de la vida me he encontrado con muchos que se identifican con el lamento de Tchaikovski. Como una viuda noruega, una pequeña mujer que vive sola con las fotos de aquél que fue tomado por la voluntad de Dios. Como una joven enfermera que en 1967, después de un romance hecho añicos y un quebrantado noviazgo, regresó a su tierra para iniciar todo de nuevo. Qué tal del alcohólico quien en una mañana invernal lloraba en mi oficina sosteniendo en sus manos la amarga nota dejada por su esposa e hijos que decía: "Adiós, para siempre." Y qué tal del esposo que junto a la fresca tumba de su querida esposa en una ladera azotada por el viento, preguntó sollozando en mi oído: "Y ahora, ¿qué?" o, la desilusionada adolescente lejos de casa y con un hijo en su vientre, preguntándose: "¿Cómo puedo enfrentar el mañana?"

Hace algún tiempo, alguien puso un anuncio en un periódico de la ciudad de Kansas City: Por $50 escucharé a usted durante 30 minutos, sin hacer ningún comentario.

¿No es cierto que esto suene como un engaño? Sin embargo, la persona actuaba seriamente. Usted se preguntará si alguien llamó. Por supuesto que sí. Al poco tiempo esta persona recibía entre diez y veinte llamadas diarias. La punzada de la soledad era tan aguda que algunos estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por conseguir media hora de compañía.

Querido amigo, Dios sabe esto y El sí se preocupa. Por favor, créalo. Él no sólo lo sabe y se preocupa, Él comprende, es tocado y es movido por nuestra soledad. Participando en cada pulsación de nuestra angustia, El desea fervientemente sostenemos y liberarnos.

En aquel mortal sufrimiento que ocurrió en el Gólgota, nuestro Salvador experimentó el impacto máximo de la soledad. Por un período de tiempo no revelado, su Padre lo abandonó. Sus amigos ya ha-bían huido y uno de ellos lo había traicionado. Ahora, su Padre se había alejado. En la profunda angustia de aquel momento, nuestro Señor "clamó a gran voz," lo cual literalmente quiere decir que gritó (Mateo 27:45-46). La soledad de aquellos tenebrosos mo-mentos en que nuestro Salvador llevó sobre sí nuestros pecados, no puede describirse adecuadamente en el papel. La fría tinta no puede comunicar fielmente.

Pero, ¿hay alguna duda acerca de que Él ahora pueda simpatizar y participar en nuestras angustias mientras avanzamos en esta guerra contra el gigante llamado soledad? Aquellos que llevan las cicatrices de la batalla ~o necesitan explicación del dolor, sólo necesitan una invitación para compartir aquella herida y si es posible ayudar en su sanidad.

Cuando nos sentimos solos, necesitamos un ami-go comprensivo. Jesucristo es Aquel que es "más unido que un hermano". Cuando nos sentimos solos necesitamos fortaleza, aun para poner un pie delante del otro. Jesucristo es el "que me fortalece". Cuando nos sentimos solos, necesitamos dejar de miramos a nosotros mismos. Jesucristo es "el autor y consumador" de la vida de fe, quien nos invita a poner nuestros ojos en El (Hebreos 12: 1-3) Y negamos a sucumbir.

Parece que con un nuevo enfoque, de alguna manera la soledad ya no establece como antes su campamento en el alma, pues en realidad ya no hay espacio para ella. Es la paz la que establece la primera tienda de campaña.

Jesucristo responde a Tchaikovski con las siguientes palabras, pero son palabras escritas en un tono mayor: ***NADIE MÁS QUE UN CORAZÓN CONFIANZA PUEDE CONOCER MI LIBERACIÓN.***

# *CAPITULO 9: RESENTIMIENTO*

**Leonard Holt era un dechado de respetabilidad. Era un hombre de edad media, un técnico de laboratorio y un dedicado trabajador de una fábrica de papel por diecinueve años. El señor Holt era admirado como un modelo en su comunidad, tanto como líder de los "Boys Scouts", como un padre afectuoso, así como un miembro del cuerpo de bomberos y también como un asistente regular de su congregación. Hasta...**

Hasta que en una mañana de mucho viento en octubre, aquella imagen explotó en una muy bien planificada hora sangrienta. El señor Holt decidió montar una revuelta de un solo hombre en contra del mundo con el que interiormente estaba resentido. Este experto tirador, antes de dirigirse en su automóvil hacia la fábrica, metió en los bolsillos de su abrigo dos pistolas: una automática calibre .45 y una Smith & Wesson calibre .38. Se estacionó tranquilamente, y empuñando una pistola en cada mano se escabulló silenciosamente en el lugar de trabajo. Comenzó a disparar en un frenesí tan calculado que lo que se veía parecía una escena de una película de acción. Llenó a sus compañeros de trabajo con dos o tres balas por persona, realizando más de treinta disparos en total. Intencionalmente mató a algunos de aquellos hombres a quienes había conocido por más de quince años. Cuando un grupo de policías se ubicó estratégicamente para capturar al hombre, lo encontraron parado en el portal de su casa, mientras gruñía desafiante: "Vengan a atraparme ustedes... ya no soportaré ninguna de sus…"

Un desconcierto total barrió al vecindario. Policías y amigos confundidos por fin descubrieron una tenue cadena de lógica tras aquel breve reinado del terror. En lo más profundo del corazón y el alma del Leonard Holt rugía el gigante del

resentimiento. Aquel hombre que aparecía como un monje en el exterior, guardaba un odio asesino en su interior. Una investigación subsiguiente llevó a la policía a numerosos descubrimientos que demostraban esa verdad. Algunas de las víctimas habían sido ascendidas a mejores puestos, mientras que él permanecía en la misma posición. Más de uno de sus compañeros que iban al trabajo en el automóvil de Leonard, dejaron de hacerlo por su irresponsable manera de conducir. Un vecino había sido amenazado y agredido por el señor Holt debido a una discusión por un árbol caído. Este hombre estaba rebosando de una ira llena de resentimiento que no podía ser contenida por más tiempo. Debajo de la foto de Leonard que apareció en la revista 'Time", el título comunicaba la verdad:

***RESPONSABLE, RESPETABLE... y RESENTIDO.***

En el exterior, este hombre mostraba un aspecto de afecto y respeto. En la iglesia, daba una sonrisa que pudiera inclinarle a pensar a uno que estaba de la mano con el arcángel Gabriel. Conocía los himnos de memoria y hablaba al grupo de "Boy Scouts" con labios llenos de bondad y palabras persuasivas. Por diecinueve años realizó su trabajo con elogiable diligencia y cada día habló con sus superiores con palabras amables. Luego, algo estalló. Su sonrisa se transformó en un gruñido. La apariencia de tranquilidad tuvo una erupción como con una fuerza volcánica. El cantor de himnos, el que asistía a una iglesia, llegó a ser un profano infiel.

Así ocurre con el resentimiento. Cuando debido al descuido se permite la amargura, el gas tóxico del odio echa espuma en la sala de calderas del alma. Lo hace hasta que quema. La presión asciende a una magnitud enloquecedora. Y entonces es sólo cuestión de tiempo. El daño es siempre trágico y a menudo irreparable:

- Un niño abusado
- Un hijo que huye
- Un crimen pasional
- Malos antecedentes
- Palabras groseras
- Falta de armonía en el hogar
- Pérdida del trabajo
- Un testimonio arruinado

Nada de esto es nuevo. Salomón describió el problema hace mucho tiempo: "Como baño de plata sobre vasija de barroson los labios zalameros de un corazón malvado. El que odia se esconde tras sus palabras, pero en lo íntimo alberga perfidia. No le creas, aunque te hable con dulzura, porque su corazón rebosa de abominaciones. Tal vez disimule con engaños su odio, pero en la asamblea se descubrirá su maldad". (Pro 26:23-26 BAD)

La respuesta al resentimiento no es complicada, sólo que es dolorosa. Se requiere sinceridad. Usted debe, en primer lugar, revelar y exponer ese gigante. Luego, se requiere humildad. Usted debe confesarlo delante del Único que murió por esos pecados. Pudiera ser necesario que también pida perdón a aquellos que ha ofendido debido a ese resentimiento inundado de amargura.

Por último, se requiere vulnerabilidad, es decir, la disposición a mantener aquella tendencia, sumisa a la reprensión divina, la disposición a permanecer con una actitud no defensiva y a estar Genuinamente dispuesto a aprender. Nadie jamás pensó que en Leonard Rolt vivía el gigante llamado Resentimiento. Seguramente nadie tampoco piensa que éste vive en usted. Por lo menos, no todavía...

# *CAPITULO 10: AFLICCIÓN*

**Por primera vez en su vida dos niños de una escuela primaria estaban absolutamente inmóviles. Cada uno se encontraba en un charco de sangre y cubierto con una frazada color gris pálido. Sus cuerpos estaban a la espera del investigador de la policía. Para ellos, los estudios terminaron prematuramente. Con omnipotente autoridad, sin anuncio previo y sin que nadie la invitara, la señora de la guadaña visitó la vasta metrópoli de la ciudad de Los Ángeles en el cruce de las calles Beach y Rosecrans. En medio de un fuerte tránsito, a plena luz del día, la dictadora llamada muerte vino, observó y conquistó. La muerte siempre lo hace así. Así lo dice George Bernard Shaw, quien escribe:**

Las estadísticas de 'a muerte son muy impresionantes. Uno de cada uno muere.

¿Pero qué de aquéllos que deben seguir viviendo? ¿Qué de aquéllos que deben tratar de recuperarse? Mientras estaba de pie al lado de mi hijo mayor, luchando por ahogar las lágrimas y tratando de tragarme ese nudo en la garganta, seguía pensando en aquellas dos familias que nunca más serían las mismas. Dos padres y dos madres, cara a cara frente al gigante de la aflicción. Yo podía imaginarme el cua-dro de lo que ocurriría en los días siguientes: indescriptible pena, desilusión, noches de insomnio, cons-tantes recuerdos, ansiedad paralizante, ese insoportable sentimiento de pérdida, la insensibilizadora mezcla de ira, impotencia, negación y confusión.

Hagamos una pausa aquí e imaginémonos que usted es uno de los vecinos de estas familias afligidas. Imagínese que usted es el vecino de la casa contigua. Suponga que un día jueves cualquiera suena el teléfono de su casa o alguien golpea a la puerta de ella. La información que recibe lo paraliza. Usted siente que

tambalea y cree que todo es un sueño ("pesadilla" sería una mejor palabra). La vida parece detenerse súbitamente. Ese jueves parece extrañamente sagrado y casi misterioso.

La aflicción de alguien muy cercano se hace tan verdadera que casi puede tocada. El dolor acuchilla profundamente y quizás su primer pensamiento es: i Cuánto lo siento por él Su segundo pensamiento es: ¿Qué puedo hacer para ayudar? ¿Cuál sería la mejor expresión de amor, compasión y simpatía que puedo tener?

Súbitamente usted se encuentra atrapado. No, existe un juego de reglas para seguir, no tiene un: manual de instrucción de cómo mostrar misericordia. Rápidamente hojea su Biblia sin encontrar notas sobre algún sermón cuyo tema sea "Cómo consolar a los que sufren". No, querido amigo, el consuelo: para los que sufren no puede ser regulado o sistematizado. Tratar de seguir ciertos movimientos programados no haría sino convertido a usted en un buen candidato para ser otro de los "consejeros de Job", y ninguno de nosotros quiere ese título. ¿Qué puede..., hacer? ¿Qué se debe o no se debe hacer? ¿Qué se puede decir que sea apropiado y apreciado?

Sea verdadero. Al tratar de acercarse a su amigo, admita sus sentimientos francamente. Si la noticia lo paralizó, dígalo. Si siente que va a llorar, llore. Si está sobrecogido con piedad y compasión, admítalo. Us-ted puede ser un cristiano con una firme esperanza de la vida venidera, pero usted también es humano. No lo esconda. Pudiera ser que a través de esa puerta se desarrolle un sendero de amistad.

Esté quieto. Más que sus palabras, es su presencia lo que será más apreciado. El grueso manto de la aflicción ha caído sobre su amigo, ha traído tinieblas y pesar inexplicable. La abundancia de palabras y el intento de instruir sólo revelará un

espíritu insensible a la persona que sufre. La familia de Joel Bayly, en un período de varios años perdió a tres de sus hijos. En su libro The View from a Hearse [La vista desde la carroza fúnebre], él escribe francamente de los sentimientos que experimentó cuando uno de sus hijos murió:

Estaba sentado destrozado por la aflicción. Alguien vino y me habló acerca de cómo Dios procede, de por qué esto ocurrió y de la esperanza que hay más allá de la tumba. Esta persona hablaba constantemente y dijo cosas que yo sabía que eran verdad.

No fui conmovido, excepto para desear que se alejara. Finalmente lo hizo. Otra persona vino y se sentó a mi lado. No dijo nada, no me hizo preguntas penetrantes; sólo se sentó a mi lado por una hora o tal vez más, escuchando cuando yo decía algo, respondiendo brevemente y luego de orar de una forma muy sencilla se marcho.

Fui conmovido. Fui consolado. No quería que él se fuera. Dé apoyo. Aquellos que consuelan deben tener un corazón comprensivo y tierno. Los que consuelan no se acercan para citar versículos bíblicos o con el fin de prestarle un montón de libros para que el afligido los lea. Simplemente se acercan para decir que se preocupan. No tratan de borrar el dolor del presente poniendo énfasis en la esperanza del futuro. Están comprometidos a apoyar; desean comprender al que sufre. Pocas cosas pueden sanar tan bien los espíritus como el bálsamo de un abrazo de apoyo.

Una pequeña niña que debido a la negada de la muerte perdió a su compañero de juego un día le dijo a su familia que ella había ido a consolar a la afligida madre de su amigo.

"¿Qué le dijiste?" preguntó su padre. "Nada -ella respondió-. Solamente me subí a su regazo y lloré con ella. "

Eso es dar apoyo. Esté disponible. Todos se acercarán a los que sufren, el primero o el segundo día. Pero ¿qué ocurrirá un mes después? ¿Qué pasará después que las flores se marchiten, cuando hayan pasado cinco meses? ¿O qué sucederá después cuando el pasto haya crecido sobre la tumba? La vida seguirá su paso, como un río turbio. Lamentablemente, también siguen llegando los recuerdos de aquel pequeño que partió y cuyo lugar en la mesa permanece vacío. Es en esos momentos cuando se necesita la mano consoladora de un amigo. Se necesita consuelo cuando los demás niños van a nadar, cuando se toman una galleta sin permiso o montan sus bicicletas. Esté comprometido a consolar más tarde, tal como lo está ahora. Esas sugerencias apropiadas que usted haga y que los ayuden a romper el hechizo de la aflicción les ayudarán a comenzar de nuevo. (Hablando de la aflicción, C. S. Lewis escribió sobre "la flojera de la aflicción".)

Tal como Jesús, cuando estuvo con las hermanas de Lázaro en el crisol de la aflicción, sea verdadero (Jesús lloró), esté quieto (Jesús soportó sus reclamos cargados de enojo), dé apoyo (Jesús fue conmovido) y esté disponible (Jesús estuvo a su lado). No hubo sermones, no dejó folletos, no intentó corregir su mala comprensión, ni siquiera frunció el ceño en señal de desaprobación. Para matar gigantes se necesita tiempo. Nuestro Señor creyó, como nosotros debiéramos hacerlo, que somos sanados de la aflic-ción solamente cuando la expresamos totalmente.

Tal vez esto explique por qué hay tantos que viven acongojados y tan pocos que consuelan.

# *CAPITULO 11: DOLOR*

**Lo llamaron "el viejo nogal" debido a su valor y Tenacidad. Su madre lo llamó Andrew el 15 de marzo de 1767, cuando dio a luz a aquel rebelde de Carolina del Sur con una mente orientada hacia la independencia. Travieso, de genio vivo y poco interesado en la escuela, Andrew, a la edad de trece años, aceptó el llamado a ser un soldado dedicado a resistir la invasión británica. Poco tiempo después se convirtió en un prisionero. Debido a que rechazó limpiar las botas de un oficial enemigo, fue golpeado con un sable; esa experiencia fue el primer encuentro con un horrible gigante llamado dolor.**

A pesar de que llevó la marca del sablazo por el resto de su vida, la fogosa disposición de Andrew nunca disminuyó. Fue un luchador de corazón que eligió resolver sus disputas por medio de los duelos y que vivió la mayoría de sus días con dos balas dolorosamente alojadas en su cuerpo. Después de distinguirse en el campo de batalla, su nombre llegó a ser sinónimo nacional de valor e inexorable persistencia. Cuando los políticos se inclinaron a buscado, "el viejo nogal" aceptó el desafío: primero, el senado, después la nominación para presidente. La sombra del dolor apareció una vez más en otra forma cuando perdió la presidencia por estrecho margen frente a John Quincy Adams.

Cuatro años más tarde, sin embargo, volvió a competir y esta vez ganó. Pero el dolor acompañó su victoria. Dos meses antes de asumir la presidencia, perdió a Raquel, su querida esposa. Golpeado por la aflicción, el presidente electo siguió adelante y aun en el momento de su juramento como el séptimo presi-dente de los Estados Unidos, luchó con la aflicción debido a una alta fiebre provocada por un absceso en un pulmón.

Después de un tiempo, tuvieron que operado para extraerle una de las balas alojadas en su cuerpo. Andrew soportó, con típico valor, la operación reali-zada sin anestesia.

Aun su carrera política fue dolorosa. Un detesta-ble escándalo dividió a su gabinete y los críticos trataron de desgarrado como leones hambrientos. A pesar de que se mantuvo firme por muchos meses, las evidentes señales del dolor comenzaron a manifestarse. Sin embargo, él fue uno de los pocos hombres que dejó la presidencia con más popularidad que cuando la asumió. "Por lo menos una vez, el amanecer fue eclipsado por la puesta del sol", escribió uno de sus contemporáneos. Fue el dolor, más que cualquier otro factor, lo que hizo evidente en Andrew Jackson las cualidades de su grandeza.

El dolor humilla a los orgullosos, suaviza a los tercos, derrite a los duros. Silenciosa e implacablemente, el dolor gana batallas en lo profundo de un alma solitaria. Sólo el corazón conoce sus propios pesares y ninguna otra persona puede compartido totalmente. El dolor opera solo, no necesita ayuda. Sea a un hombre de estado, a un siervo, a un predicador, a un pródigo, o a una madre o su hijo, el dolor comunica su propio mensaje. Al permanecer, rechaza ser pasado por alto. Al herir, el dolor deja a sus víctimas en el profundo abismo de la aflicción. Es en ese punto de la aflicción que quien sufre puede someterse o aprender, desarrollar la madurez y el carácter, o resistir y convertirse en alguien lleno de amargura, abrumado por la autocompasión, y asfixiado por su propia voluntad.

Yo he tratado, pero no he encontrado ni un pasaje bíblico, ni conozco ninguna historia de alguien con voluntad fuerte que haya sido usado grandemente por Dios sin que primero haya sufrido profundamente.

Fue precisamente una de esas personas que escribió estas palabras para que todos lean:

HUÉSPEDES:

“El dolor golpeó a mi puerta y dijo que venía para permanecer aquí a pesar de que no le diera la bienvenida y le demandé que se alejara de mí. Él vino a mí y como mi propia sombra no dejaba de seguirme. De su espada cortante y miserable ni un momento libre podía sentirme, y otro día, otro a mi puerta llegó, otro suavemente vino a mi puerta golpear. Yo grité: "No, el dolor ya vive aquí ya no hay lugar para otro que quiera entrar." Luego oí S u tierna voz: "Soy yo, no tengas más temor." Eso es lo que vino a decir y desde el día en que Él entró una gran diferencia comencé a vivir”.

Martha Snell Nicholson

# *CAPITULO 12: POSTERGACIÓN*

Permítame presentarle a un ladrón profesional. Es probable que usted nunca distinga a este tipo astuto en una muchedumbre, pero a través de los años muchos lo han considerado un gigante formi-dable. Tan rápido como un rayo láser y tan silencioso como un rayo de luna, puede traspasar cualquier cerradura de su casa u oficina. Una vez que entra, sus modales atractivos cautivarán su atención. Usted lo tratará como el más íntimo de sus amigos. Ah, pero tenga cuidado, pues él lo despojará a usted sin una pizca de remordimiento.

Debido a que es un maestro de la lógica mañosa, este bandido arreglará los hechos de la forma que sea necesario como para ganar su simpatía. Incluso, cuando otros cuestionen su carácter, usted se encon-trará no sólo creyendo en él, sino citándolo y dependiéndolo. Demasiada tarde podrá descubrir sus arti-mañas y a pesar de su molestia, tendrá que darle crédito como el más mañoso de todos los ladrones.

Algunos nunca llegan a darse cuenta de eso. Pasean, tomados de la mano hasta la misma tumba con el mismo ladrón que les ha robado la vida.

¿Cómo se llama? Es un nombre sencillo, se llama simplemente: Postergación. ¿Cuál es su especialidad? Roba el tiempo y el incentivo. Como el astuto ladrón que se aleja con objetos valiosos dejando en su lugar sustituto baratos, la postergación deja excusas, justificaciones, promesas vacías, vergüenza y culpabilidad. Como la mayoría de los tramposos, este profesional lo ataca cuando usted está débil, en el momento en que baja sus defensas. Aparece cuando usted se levanta un sábado en la mañana después de pasar una semana difícil. Voces

insistentes de tareas no cumplidas hacen eco en su cabeza y suplican que les preste atención. Súbitamente su estafador aparece y comienza a negociar con usted. Cuando el sol se marcha, también se ha marchado su día y junto con ellos su esperanza.

En otro caso, consciente de peso excesivo, usted se sube a la balanza y no puede creer lo que ve. . Sin embargo, es la balanza la que dice la verdad, a pesar de que este ladrón le entrega una interpretación diferente. Robando esa oleada de motivación, este gigante musita la palabra mágica: "mañana", y usted busca una golosina dando honor a su filosofía que dice: Nunca hagas ahora lo que puedas poster-gar para mañana.

Suponga que esta tarde enfrenta una decisión crucial. Ha ido aumentando la presión por dos semanas. Usted ha hecho caso omiso de ella, la ha evadido y pospuesto, pero no debe seguir haciéndolo más. Hoyes el día clave. Usted ha hablado consigo mismo acerca de esto. Treinta minutos antes del plazo, el ladrón ofrece la coartada perfecta y su decisión una vez más es lanzada a la bodega para esperar otro largo día.

Ningún mentiroso fue más respetado, ningún bandido más recompensado y ningún gigante mejor tratado. Podemos seguir enumerando situaciones en que él sale como ganador a pesar de que es un malvado proscrito. Puede convencer a cualquier estudiante para que no entregue su tarea. Puede per-suadir a cualquier directivo para que evite responder su correspondencia. Puede hacer lo mismo con cualquier ama de casa para que deje de lavar platos o limpiar su casa. Puede convencer a cualquier padre cuando se trata de ejercer disciplina. Puede ser más inteligente que cualquier vendedor cuando se trata de ventas. Este gigante tiene un solo producto fundamental y centra toda su energía en la consecución de su

única meta: la derrota. Usando el astuto genio llamado sugerencia, logra lo que quiere y llega a convertirse precisamente en el mejor representante de lo que destruye: el éxito.

Una vez vivió un político llamado Félix quien durante el primer siglo fue gobernador. Delante de él trajeron a un prisionero llamado Pablo. En dos ocasiones distintas Félix escuchó la historia de Pablo, quien presentó en términos claros y sencillos los asuntos de la fe en Jesucristo. Félix escuchó cada palabra, pero en ambas ocasiones hizo caso omiso del mensaje con comentarios similares:

***Cuando descendiere el tribu no Lisias, acabaré de conocer de vuestro asunto***. Hechos 24:22

***Ahora vete; pero cuando tenga oportunidad te llamaré***. Hechos 24:25

El gobernador oyó a Pablo, pero escuchó al ladrón. Intencionalmente pasó por alto el momento más significativo de su vida, postergó una decisión que nunca olvidará. Nunca. ¿Por qué? Porque escu-chó el consejo equivocado. Esta fue sólo una sutil sugerencia. No fue una de esas mentiras audaces, tales como: "No hay cielo"; o, "No hay infierno." Fue una sugerencia sencilla, que decía simplemente: "No hay apuro", y de esa manera el siniestro ladrón logró propinar otra derrota.

Seguramente usted se pregunte: ¿Cómo puedo ganar? ¿Cuál es el secreto? ¿Cuál es la fórmula para escapar de esa intimidante tela de araña? ¿Cómo puedo impedir que este gigante fuerce una entrada? La verdad es que la respuesta es muy sencilla, tan sencilla que le costará creerla. Lo único que necesita es una palabra, una que es muy fácil de pronunciar. Usada en el momento oportuno, aquella palabra tan corta tiene más peso que una tonelada de buenas intenciones. Este ladrón no puede soportar ni siquiera su corto sonido pues cuando se

pronuncia lo lanza huyendo en frustración. Si usted la usa lo suficiente, tal vez ese gigante ladrón se sienta cansado de escuchada y comience a dejado sólo.

¿Siente curiosidad? Creo que haré un trato con usted. Le digo la palabra sólo si me promete usada la próxima vez que sea tentado a escuchar a este convincente desfalcador. Sin embargo, tengo una advertencia. La verdad es que puede ser fácil pronunciar esta palabra, pero se requiere de toda la disciplina que usted pueda reunir para poder lograr su propó-sito. En realidad, para implementada se necesita el mismo poder de Dios.

La palabra es "ahora".

# *CAPITULO 13: RUMOR*

El ataúd de Abraham Lincoln tuvo que ser abierto en dos oportunidades. La primera ocasión ocurrió en 1887, veintidós largos años después de su asesinato. ¿Por qué? Usted se sorprenderá al saber que no fue para determinar si había muerto por la bala que salió de la pistola de John Wilkes Boom. Entonces, ¿por qué? La razón era que un rumor estaba barriendo el país. Se decía que el ataúd estaba vado. Un grupo selecto de testigos constató que el rumor era totalmente falso y luego vieron como volvieron a sellar el ataúd con plomo.

Catorce años más tarde fue la segunda ocasión. El cuerpo del martirizado Lincoln volvió a ser observado, esta vez aún con más testigos. ¿Por qué otra vez se abrió su ataúd? Por el mismo siniestro propósito. Rumores de la misma naturaleza una vez más habían implantado dudas en la opinión pública. La presión aumentó a tal proporción que la misma macabra y grotesca ceremonia tuvo que llevarse a cabo. A pesar de las fuertes protestas de Robert, el hijo de Lincoln, el cuerpo volvió a ser expuesto por segunda vez. Los oficiales pensaron que esos rumores debían ser enterrados permanentemente junto con los restos del presidente. Finalmente el cuerpo fue ubicado con seguridad en una cripta en Springfield.

Usted dirá: "Qué injusto." "Cruel" es una mejor palabra. Pero ¿sabe?, los rumores son así. En ellos, la información es divulgada a pesar de que faltan hechos que tengan autoridad, ni hay fuentes directas de información. Sin embargo, crean inquietud y perjuicio. Les dan vida los entremetidos que hacen concesiones a la actitud malsana de individuos criticones. Los rumores encuentran satisfacción al

deambular por callejones poco iluminados y van lanzando bombas sutiles que explotan en la mente de otros al tocar el fusible de la sugerencia. Los rumores se alientan al ser el "inocente" canal de la información insegura, pero evitan informar de la fuente. Las omnipresentes frases tales como: "dicen que" o "he oído decir" o "me dijeron que", permiten una puerta de escape para el hipócrita mercader de rumores.

"¿Te has enterado que la Primera Iglesia Histérica Concreta está a punto de dividirse?" "Escuché que Felicidad y Pacífico se van a divorciar. La gente dice que él le fue infiel." "Dicen que sus padres tienen mucho dinero." "¿Supiste que el Pastor Clemente fue despedido de la iglesia que pastoreaba anteriormente?" 'Me dijeron que su hijo está metido en drogas y lo atraparon robando en la tienda." "Alguien me dijo que ellos tienen que casarse." "Alguien mencionó que él es un gran bebedor." 'Tengo entendido que ella es una coqueta. Ten cuidado con ella." "Se corre la noticia que él engañó para conseguir ese alto puesto." "Algunos están preocupados porque no pueden confiar en ella."

En King Harry IV, Shakespeare observa: El rumor es una flauta soplada por suposiciones, conjeturas y celos que es tan fácil tocar que ese brusco monstruo con incontables cabezas, esa quieta, discordante y oscilante multitud, puede tocarla. (II, inducción, línea 15)

¿Ha pensado en cómo los cristianos pueden tocar esta flauta? Esos rumores, esas amargas melodías pueden penetrar muchas conversaciones telefónicas, una conversación en la mesa después de la comida, una tarde de diversión con los amigos o el "tiempo de compañerismo" después del culto (¡qué nombrecito!). El rumor es un gigante monstruoso, capaz de abrir a la fuerza muchos ataúdes y

levantar más sofocante y escandaloso polvo que cualquier otra herramienta de este mundo.

Teniendo esto en cuenta, someto cuatro sugerencias para silenciar a los traficantes de rumores:

1. Identifique las fuentes de información con sus respectivos nombres. Si alguien ha determinado dar a conocer información que pueda ser dañina o dolorosa, solicite que declare cuál es su fuente de información.
2. Apoye los indicios con hechos. No acepte habladurías. Rechace escuchar, a menos que se le esté comunicando toda la verdad. Usted podrá notado pues la verdad rara vez está velada o es incierta. Los rumores se esfuman cuando son expuestos a la luz.
3. Pregunte a la persona: "¿Puedo decides a otros lo que me estás diciendo, dando tu nombre como fuente?" Es sorprendente cuan rápidamente enrojece el rostro de los chismosos. Igualmente sorprendente es la velocidad con que pueden dar marcha atrás si usted hace esa pregunta.
4. Abiertamente comunique: "No estoy dispuesto a escuchar eso." Pero la verdad es que este tipo de enfoque es para los fuertes. Pudiera poner una barrera de separación entre usted y el culpable, pero es una manera muy segura de detener la basura que regular-mente quieren echar en nuestros oídos.

En una ladera fuertemente azotada por el viento en una iglesia inglesa ubicada en el campo, hay una lápida grisácea y monótona. Se encuentra allí desolada, sin pretensiones, inclinada hacia un lado y desgastada por el azote del tiempo. En esa curiosa placa se encuentra un epitafio que es difícil de leer a menos que uno se agache y observe con cuidado. El tenue grabado dice:

DEBAJO DE ESTA PIEDRA, DE ESTA MASA DE BARRO, ARABELA YOUNG ESTÁ, QUIEN, EL 24 DE MAYO, COMENZÓ A CALLAR. '

La lengua. Sin ella, los traficantes de rumores se sentirían bastante impedidos en la realización de su entretenimiento. Pero qué estudio en contrastes es éste. Para el médico, la lengua es simplemente un pedazo de membrana mucosa que pesa unas dos onzas e incluye una compleja formación de músculos y nervios que permiten que chupemos, gustemos y traguemos. Cuán útil es ella. Igualmente significativo es el hecho de que sea un importante órgano de comunicación que nos capacita para poder articular distintos sonidos de modo que podamos entendemos entre nosotros. Cuán esencial es ella.

Sin la lengua ninguna madre pudiera cantar a su pequeño niño canciones de cuna para que se duerma de noche. Ningún profesor pudiera formar la mente de sus estudiantes. Ningún oficial pudiera guiar a sus hombres en el campo de batalla. Ningún abogado pudiera defender la verdad en los tribunales. Ningún pastor pudiera consolar a las almas angustiadas. Ningún asunto controversial o complicado pudiera ser discutido y resuelto. Todo nuestro mundo sería re-ducido a gemidos ininteligibles o a encogimientos de hombros. Rara vez nos detenemos para damos cuen-ta de cuán valioso es este extraño músculo que está en nuestra boca.

Sin embargo, la lengua es tan volátil como es vital. Washington Irving fue el primero en decir: "Una lengua afilada es la única arma con filo que mientras más se usa, más se afila.» Fue Santiago, el medio hermano de Jesús el primero en advertir: y la lengua es un fuego... un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Santiago 3:6, 8

Cianuro verbal. La lengua es un misil en llamas, letal e implacable que asalta con poder asesino, chamuscando y destruyendo a voluntad. En realidad, es un gigante.

A pesar de eso, no parece ser la bestia que es. Está allí, escondida nítidamente tras las puertas de un palacio de marfil. Sus movimientos son un intrigante estudio de coordinación. Puede doblarse para emitir un jubiloso silbido o despedir un holgazán bostezo en el atardecer. Sin dificultad puede mover una palo-mita de maíz entre los dientes o sostener debajo de ella un delicado termómetro. También es tramposa. Puede ayudarle a disfrutar del sabor de un caramelo de menta, moviéndose de un lado a otro sin dejarse morder. Momentos más tarde puede seguir las órdenes de un trompetista permitiéndole tocar una com-plicada melodía sin siquiera equivocarse.

Pero mucho cuidado Si su dedo recibe el golpe de un martillo o alguien le aplasta el dedo del pie, aquella resbalosa criatura ubicada en su boca súbita-mente demostrará la otra cara de su naturaleza.

La lengua no solamente es indómita, sino indo-mable. Y ¿qué significa eso? Significa que mientras viva nunca tendrá control de sí misma. Rechaza ser domada. Increíblemente podemos domar animales actores como Flipper o Lassie. Podemos adiestrar halcones que se posen en nuestras manos, palomas que lleven nuestros mensajes, perros que nos lleven el periódico, elefantes que se paren sobre barriles que ruedan, tigres que se sienten en banquillos y cocodri-los que se den vuelta para que le acariciemos el vientre. ¿Pero la lengua? ¡Es imposible adiestrarla!

Muchos hombres antes que yo han ofrecido su consejo acerca de cómo mantenerla reprimida y en-jaulada. Uno de ellos fue William Norris, un periodista

estadounidense que se especializaba en la rima simple pero enfática. El escribió lo siguiente:

Si sus labios van a evitar deslizarse cinco cosas observe con cuidado: A quién habla, de quién habla; y cómo, y cuándo y dónde.

Publio, el sabio griego, puso su dedo en otra técnica que tenemos la tendencia a olvidar, cuando admitió:

A menudo me he arrepentido de mis palabras, pero nunca de mi silencio.

El rey David lo explica más claramente en el Salmo 39: ***Yo dije: Atenderé a mis caminos, para no pecar con mi lengua; guardaré mi boca con freno, en tanto que el impío esté delante de mí.*** (v. 1)

Eso es lo que se necesita. Poner conscientemente un bozal bien apretado en ese músculo de la boca. Para amarrar a aquel evasivo gigante se requiere tener una mente llena de determinación. Con la ayuda de su Señor, siga estos tres pasos:

Piense primero. Antes que sus labios comiencen a moverse, haga una pausa de diez segundos y mentalmente repase las palabras que quiere decir. Pregúntese si ellas son exactas o exageradas, si son amables o destructivas. Evalúe si son necesarias o innecesarias, saludables o viles. Pregúntese si son palabras de agradecimiento o de insatisfacción.

Hable menos. Las posibilidades de equivocarse están en proporción directa a la cantidad de tiempo que abre su boca. Trate de cerrada por un momento. Los habladores compulsivos tienen dificultades para mantener sus amigos. Por lo tanto, conserve su energía verbal. Trate de que sus palabras sean como lo dice la propaganda de un champú: concentrado y más rico.

Comience huyo Ponga ese bozal en su boca ahora mismo. Esta es una decisión que ya ha postergado por suficiente tiempo. Arabella Young esperó demasiado.

# *CAPITULO 14: A SACAR ESPINAS*

Una cosa es enfrentarse en una pelea de espadas con uno de esos armatostes, esos amenazadores gigantes en la vida, y otra muy distinta es tropezar en una ladera con una planta llena de espinas. A veces una partícula en el ojo, una espinita en el dedo o una piedrecilla en el zapato pueden ser tan fastidiosas como un gigante en una colina.

A veces mucho más.

Por lo tanto, en vez de hacer caso omiso de ellas y fingir que no existen, busquemos un poco de luz para descubrir aquellas espinas que estorban nuestra esperanza. Es tiempo de cortar los cardos y despejar el lugar para poder paramos, caminar y correr libremente.

# *CAPITULO 15: LA PUNZADA DE UNA ESPINA*

**Déle suficiente tiempo al reverendo Pesado Enrevesado y él se encargará de crearle una confusión sobre la mayoría de las secciones de las Escrituras. Ya que los predicadores somos notorios por enredarnos en explicaciones técnicas del idioma griego, en cláusulas télicas y trivialidades teológicas, tenemos la tendencia a evadir los pasajes que parecen menos técnicos y más sencillos.**

Por ejemplo y para ser específico, las parábolas. Para ser exacto, Marcos capitulo 4. Esta parábola no sólo es sencilla y directa, sino que hasta es interpretada directamente por Jesucristo, el mismo que hizo este relato. Debido a que tiene que ver sencillamente con cierto sembrador que sembró semillas en diferentes tipos de suelo, parece no tener los sutiles ingredientes necesarios para un enredo homotético. Después de todo, no hay mucho que decir acerca de la historia de un sembrador que siembra sus semillas por aquí y por allá de una manera desordenada. ¿O sí hay mucho que decir? A primera vista, tal vez no, pero estoy convencido de que después de pensar por un momento, aquí hay más que aprender de lo que nos imaginamos. Además, debido a que el mismo Hijo de Dios explica su significado esencial, el relato no puede ser forzado para que encaje en la fantasía de un predicador curioso que busca tres puntos y un poema.

Esta es una historia profunda acerca de la vida, la vida real, su vida y la mía. Condensa la vida en cuatro respuestas fundamentales que la gente tiene con respecto a las cosas espirituales. La "semilla", de acuerdo con el narrador, es la Palabra, la Palabra de Dios, las verdades bíblicas. Los cuatro tipos de "terreno"

representan la gente de todas las edades, intereses y trasfondos que responden a las cosas del Señor de formas diferentes. Algunos escuchan e inmediatamente rechazan; instantáneamente cortan el mensaje. Otros oyen y parecen disfrutados y aun parecen responder bien, pero pronto, cuando el camino se vuelve áspero, se vuelven atrás. Aun otros se aferran e inicialmente aceptan lo que oyen, pero poco a poco, mientras su crecimiento es estrangulado por las "espinas" de la vida, van abandonando el camino. Y luego, como siempre, están aquéllos que escuchan, creen, crecen y perseveran, y no pasa mucho tiempo hasta que comienzan a reproducirse como plantas saludables de la viña del Señor.

Es obvio que los dos primeros grupos representan a aquéllos que no han nacido de nuevo. Ellos no tienen raíces, ni vida, ni frutos. Es obvio que el último grupo es el de los regenerados, quienes son sumisos, activos y productivos. Pero francamente, me incomoda el tercer grupo. Ellos son cristianos, lo sabemos pues se nos dice que crecen y llegan casi al borde de dar fruto, pero su crecimiento es deficiente. Las espinas que han crecido entre esas plantas sofocan el crecimiento normal y saludable de cada planta.

Es muy interesante que las espinas estaban ya presentes en el momento en que la semilla cayó y que esas nunca estaban completamente ausentes, a pesar de que la semilla comenzó a echar raíces (Marcos 4:7), y (qué representan las espinas? Una vez más las mismas palabras de Jesús nos contestan la pregunta. Representan "los afanes de este 'siglo", "el engaño de las riquezas" y "las codicias de otras cosas" (4: 19). Cuando estas espinas entran, el crecimiento espiritual y la producción de frutos se escapan por la puerta trasera. Nuestro Señor no dice que estas espinas pudieran causar problemas ni tampoco sugiere que son conocidas como algo que nos obstruye. El dice que ellas entran y ahogan la palabra y se hace infructuosa (v. 19).

Así de claro es esto. No dice "tal vez" o "quizás". Definitivamente dice que ellas lo harán. Las espinas son dictadoras. No conocen la coexistencia pacífica con una vida de libertad y victoria. Evitando el temerario ataque frontal característico del ataque de un gigante, las espinas emplean una estrategia más sutil. Deslizando por debajo de la puerta trasera sus largos tentáculos, avanzan lentamente, tan silenciosamente que la víctima difícilmente se da cuenta de que está siendo estrangulada. Demandando el primer lugar, ellas poco a poco quitan toda onza de interés espiritual y energía emocional.

¿Es usted un preocupado compulsivo? ¿Lo ha transformado en codicioso el dinero? ¿Encuentra que es casi imposible sentirse satisfecho con una situación presente? Si es así, estas palabras no serán nada nuevo, pues en usted han existido esas espinas desde que su terreno recibió por primera vez la semilla de Dios. Y si la verdad fuera conocida nos daríamos cuenta de que internamente hasta disfruta de la presencia de ellas. Después de todo, es arriesgado entregarla toda su vida a Dios mediante la fe. Usted prefiere preocuparse por las espinas, poseerlas y quejares, en vez de descansar, abandonarlas y regocijarse. Lo que ocurre es que las espinas inyectan una anestesia poderosa.

¿Por qué tantos cristianos viven entre las espina? Es porque tenemos un respetable, silencioso y secreto amor por ellas. Yo lo sé. Tengo horribles cicatrices para demostrar lo que le digo. Cada una de ellas es un silencioso recordatorio de esos años que permanecí atrapado en la maleza. Y, periódicamente, todavía tengo que arrancar algunas espinas.

Nunca he oído que exista un día dedicado a lo que voy a proponerle, pero quisiera que este día sea proclamado como "El día de sacar espinas". Tal vez sangremos y

tal vez nos duela sacadas de nuestro cuerpo, pero cuán bello es un día sin espinas.

De aquí en adelante demos una mirada a algunas de las espinas más conocidas. Recuerde que una identificación cuidadosa de estas peligrosas enredaderas es el primer paso para poder sacarlas de nuestros jardines.

# *CAPITULO 16: COMPARACIÓN*

**Si para llamarle la atención tuviera que sacar de entre el polvo y seleccionar de en medio de las telarañas del siglo catorce una declaración bien conocida, esta sería la que elegiría:**

LAS COMPARACIONES SON ODIOSAS. Odiosas, repugnantes y detestables. Si usted quiere ser un mortal desdichado, deje que las espinas de la comparación crezcan libremente. Usted está comparando cuando pone a una persona al Lado de otra con el propósito de enfatizar las diferencias o mostrar las semejanzas. Esto no sólo se aplica a lugares, sino también a las personas. Hemos llegado a ser tan eficientes en esta actividad que mantenemos nuestra adicción por medio de una inconsciente fuerza de costumbre. Inadvertidamente, las ruedas de nuestro pensamiento se deslizan por los surcos de nuestra forma de pensar. La comparación aparece en por lo menos dos patrones.

Patrón número uno: Nos comparamos con otros. Usted puede imaginarse inmediatamente los resultados. O usted es impulsado a ser presumido u orgulloso porque sus fortalezas sobrepasan las debilidades de otro, o, más a menudo, comienza a sentirse como alguien inferior, amenazado, y aun deprimido porque no logra alcanzar determinada medida. Esforzándose por rivalizar con otro patrón que se ha impuesto, usted comienza a deslizarse del valle placentero de su yo verdadero, para hundirse en las arenas movedizas del yo no sé quién. Esto algunas veces lleva a las personas al extremo de imponerse un rol en el que tratan de todas formas de adaptarse y cambiar su imagen para que encaje en el molde que le pertenece a otra persona. En otras palabras, lo que usted ha hecho es abandonar su verdadera personalidad y la ha cambiado por una apariencia falsa. Eso es en realidad odioso. Pablo escribió acerca de sentimientos semejantes a

una Iglesia que había llegado a ser conocida como un círculo de personas con tendencias a las comparaciones. Él les dice:

Porque no nos atrevemos a contamos ni a comparamos con algunos que se alaban a sí mismos; pero ellos, midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose consigo mismos, no son juiciosos. 2 Corintios 10:12

El versículo siguiente nos dice: "Y cuando nos medimos, utilizamos como regla el plan que Dios tiene con nosotros" (La Biblia al Día). No es con otros, sino con usted personalmente. El más grande deseo de Dios es que cumplamos con el plan que El tiene para nosotros, a su manera y en su tiempo.

Patrón número dos: Comparamos a otros con otros. Esto es algo más que injusto. Es peor: es tonto y a menudo, cruel. Los niños son los que más sufren cuando los adultos equivocados, aunque bien intencionados, en un intento descabellado por motivados comparan los talentos de un niño frente a otro. "Fíjate en tu hermana. Si ella puede obtener la mejor calificación tú también puedes". O bien: "¿Observaste cómo tu primo aprendió a nadar? ¿Por qué es que tú tienes miedo?" Aquel, tipo de comparación es tóxica; envenena el concepto sí mismo y sofoca la motivación misma que el padre está tratando de encender.

Pero los niños no son las únicas víctimas. La gente compara a los predicadores, los maestros, las filosofías y las normas de una congregación. Las personas comparan a los solistas y directores del culto. La gente compara las personalidades, las oraciones, las esposas, las madres, las familias y amigos, los esposos y los padres. Las personas comparan su peso, sus preocupaciones, sus lujos, sus limitaciones, sus dolores y placeres. Eso es odioso. ¿Por qué no aceptar a la gente, los lugares, y las cosas tal como son? ¿No es eso verdadera madurez? ¿Por qué no aceptar y ajustamos a las diferencias que existen, tan rápidamente

como Dios perdona nuestros errores y, con tanto entusiasmo como con el que Él apoya los esfuerzos que hacemos para seguir tratando una y otra vez a pesar de nuestras faltas? Cuando el amor fluye la aceptación aumenta.

¿Sabe usted qué es lo que nos hace salir de la rutina del ayer y nos presenta un desafío para levantamos y distinguimos en el menú de horas y minutos del día de hoy? Es la variedad. No es la similitud de un día con otro lo que trae una fresca motivación y estimula nuestro entusiasmo; más bien es la falta de ella. Son las variadas diferencias las que mantienen nuestra actitud positiva y placentera. Tratar de comparar un día con otro y luego reclamar porque hoy no fue como ayer, sería una tontera, un absoluto desatino.

Este mismo principio se aplica a la comparación entre personas.

Ahora, escuche bien: Dios, nuestro sabio y creativo Hacedor, ha sentido agrado en crearnos a cada uno de nosotros diferente y a ninguno de nosotros perfecto. Mientras más rápido apreciemos este hecho, más profundamente podremos apreciar y aceptamos los unos a los otros, tal como El nos hizo. En realidad hay sólo una cosa que sería peor que la constante comparación. ¿Sabe lo que es? Peor que la comparación sería que todos fuéramos iguales. ¿Puede imaginarse algo más odioso? Yo, por lo menos, no puedo.

Esforzándose por rivalizar con otro patrón que se ha impuesto, usted comienza a deslizarse del valle placentero de su yo verdadero, para hundirse en las arenas movedizas del yo no sé quién.

# *CAPITULO 17: EXPECTATIVAS*

**Sacar espinas es un proceso de búsqueda y destrucción. Sin embargo, a veces este enemigo elude ser identificado. Es difícil clasificarlo. Pero creo que existen por lo menos dos especies fáciles de encontrar porque generalmente crecen juntas. Entrelazadas desde sus raíces, estas enredaderas gemelas prácticamente son inseparables. Una se llama expectativa y la otra decepción.**

Quisiera que se detenga y piense en esto. ¿Qué es lo que provoca que usted en determinado momento experimente decepción? ¿No es cierto que ésta llegue debido a que algo o alguien no han cumplido nuestras expectativas? Usted ha establecido algo en su mente. Ha determinado la forma cómo debiera desarrollarse una situación o la manera cómo cierta persona debiera responder, pero nunca ocurre lo que usted espera. Sus deseos se estrellan contra la fría roca de la realidad. Su deseo se disuelve quedando en un sueño vado sin realizarse.

Después que usted ha tenido la oportunidad de escuchar algunas historias acerca de las decepciones, ellas comienzan a sonar como algo dolorosamente conocido. Mientras en mi memoria toco el disco puedo escuchar canciones tristes con voces diferentes. Escuche conmigo por un momento estas declaraciones que transmiten esos ecos llenos de ansiedad:

"No me siento feliz en mi trabajo. Cuando acepté este trabajo nunca pensé que sería de esta manera.»

"Mi relación matrimonial se ha convertido en una carga. El día de mi boda pensé que todo sería tan diferente. Sin embargo esto no es como me lo imaginé. "

"Alguna vez ella fue una amiga mía. La busqué, la ayudé, la amé y la serví con todo mí ser. Pensé que lo mínimo que ella pudiera haber hecho es responder de la misma manera."

"En más de una oportunidad los invitamos a cenar pero ellos nunca nos invitaron a nosotros. Ni siquiera nos mandaron una nota de gratitud. En realidad es decepcionante. "

"El me pidió que saliéramos en varias oportunidades. Sentí que para él lo nuestro era más que una simple cita. Realmente yo esperaba un romance, pero nunca ocurrió. Me sentí herida."

"Elegí esta universidad creyendo que me daría una educación ideal. Estoy a punto de graduarme, pero no estoy ni cerca de la preparación que pensé que tendría."

"El grupo de discipulado no fue como me lo esperaba. Esperaba una cosa y resultó algo muy distinto. "

"Nos unimos a esta congregación con grandes esperanzas. Esperábamos grandes cosas y nos metimos de lleno en las actividades. Ahora estamos totalmente desilusionados."

"Si me preguntas si estamos contentos de tener hijos, la respuesta es realmente que no. Pensamos que iba a ser divertido tener niños, que sería tan fácil como lanzarse por un resbaladero. No te imaginas cuán felices estamos que abandonen el nido. En realidad nos han decepcionado."

"Dios me llamó al ministerio y más tarde junto a mi familia nos guió a servir en el pastorado. Teníamos celo ardiente y estábamos llenos de esperanza, pero después de diez años todo eso se ha esfumado."

"Hace poco llegamos de Europa. No fue nada excepcional; no fue lo que esperábamos."

¿Es usted capaz de reconocer esta melodía? Esos ruidos estridentes del lado del disco llamado decepción están muy gastados. Han seguido surgiendo horribles melodías de amargura, resentimiento y pesimismo auto producidos. Las hemos tocado año tras año y tal vez hasta las hemos cantado.

Es tiempo que demos vuelta el disco. Necesitamos dar una mirada sincera a esta dolorosa espina que empaña nuestra visión y da a luz nuestras decepciones. Las expectativas. Erigimos imágenes mentales irreales, injustas y predispuestas. Aquellas imágenes fantasmas se convierten en nuestro punto de enfoque, y en forma tradicional y rígida lo mantenemos. No dejamos espacio para la flexibilidad en otras personas (no dejamos espacio para un cambio circunstancial o sorpresivo) y establecemos en cemento bien duro la firma en que las cosas deben ocurrir. Cuando no logramos lo que esperamos, nos quejamos o somos derribados u ocurren ambas cosas.

El resultado es trágico. A medida que nos volvemos menos tolerantes, también recibe un corto circuito nuestra disposición a aceptar las imperfecciones de otros o de aceptar una circunstancia que esté por debajo del ideal que nos hemos trazado. Lo peor de todo es que la encantadora espontaneidad de la amistad es deformada. Esa cadena de obligaciones construidas con los eslabones de las expectativas nos encierra en el calabozo de las decepciones.

Necesitamos permitir que exista entre nosotros espacio para estiramos. Espacio para responder y reaccionar de formas variadas, de la misma forma como nuestro infinito Creador nos moldeó en diferentes personalidades. Lograr esto requiere que tengamos una ceremonia para quemar nuestra lista de expectativas, y

algunos de nosotros lograríamos hacer una gran fogata. Además, también requiere que dejemos de anticipar el ideal y comencemos a vivir con lo real, recordando que lo real siempre va acompañado de fallas, imperfecciones o aun errores. Por lo tanto, en vez de mordemos y comemos los unos a los otros (Gálatas 5:15), apoyemos la libertad individual mientras nos servimos los unos a los otros en amor (Gálatas 5:13).

Dele un fuerte tirón a la maleza de las expectativas y desarraigará al mismo tiempo sus decepciones. Sacará dos espinas de un tirón. ¿No cree que ésta sea una oferta muy buena?

# *CAPITULO 18: PESIMISMO*

**Una persona es el producto de sus propios pensamientos. Éstos forman el termostato que regula lo que logramos en la vida. Mi cuerpo responde y reacciona de acuerdo con el suministro que viene de mi mente. Si lleno la mente de duda, preocupación y desánimo, ese es precisamente la clase de día que voy a experimentar. Si adelanto un poco los grados de mi termostato y pongo en mi mente pensamientos llenos de visión, esperanza y victoria, puedo contar con que voy a tener esa clase de día. Llego a ser aquello en lo que pienso.**

Tome por lo menos un minuto para realizar un ejercicio con su imaginación. Imagínese que su mente es una fábrica. Imagínese que es un ocupado y ruidoso taller de producción y acción. Por cierto eso no está tan lejos de la verdad porque su mente es una fábrica de pensamientos. Cada día en esa línea interna de montaje se producen tal vez cientos de miles de pensamientos. La producción en esta fábrica de pensamientos es supervisada .por dos capataces. Los nombres que tienen en sus gorras son el señor "Sigue avanzando" y el señor "Deja todo de lado". El primero, como usted puede imaginarse, se encarga de supervisar la producción de pensamientos positivos. Al mover una palanca comienzan a pasar por esa polea pensamientos saludables que producen constante ánimo. Comienzan a pasar planes e ideas positivas que son llevados a la sala de exhibiciones de la fábrica.

El otro capataz, el señor "Deja todo de lado", también tiene sus responsabilidades. Allá en la zona húmeda y tenebrosa de la planta, la contraparte del capataz "Sigue avanzando" manufactura pensamientos negativos, sin valor y que llenan de preocupaciones. Ambos capataces están bien calificados para sus respectivas

labores. "Sigue avanzando" se encarga de producir razones por qué usted debe enfrentar la vida victoriosamente, por qué puede manejar todo lo que enfrente en su camino y por qué usted es más que victorioso. El viejo "Deja todo de lado" obtuvo su título en la Universidad de Lo Inadecuado. Él tiene interminables razones por las que usted no puede tener éxito. Tiene razones por las que usted se siente lamentablemente incapaz y le indica por qué debiera hundirse, doblarse y rendirse ante la enredada maleza de la inferioridad, las fallas y el desánimo.

Sin embargo, ambos capataces obedecen al instante. Ellos sólo esperan su señal para prestarle atención. Usted sólo debe dar una señal positiva y el señor "Sigue avanzando" se meterá en la acción. Mueve los interruptores correctos y comienza su producción, y uno tras otros los pensamientos que animan y edifican inundarán su mente y llenarán su vida. Mientras la producción esté bajo el firme control del capataz "Sigue avanzando" ni siquiera podrá ser observada la más leve neblina de duda rondando bajo el techo de la fábrica.

El capataz "Deja todo de lado", en cambio, espera la señal negativa (que él prefiere llamar "realidad" o "sentido común"). Espera esa señal para salir corriendo a cumplir su labor. Con un alto nivel de efectividad, la línea de producción del capataz "Deja todo de lado" comienza su fabricación de pensamientos desalentadores y llenos de pesimismo, y lo hace con tanta velocidad que la mente es incapaz de procesarlos todos. Muy pronto lo tendrá a usted convencido de que no puede, no podrá o no debe hacerlo. Si le da el tiempo suficiente, él agotará sus energías, apabullará su confianza y lo transformará en un fatalista de ceño fruncido y dientes apretados.

Ni siquiera Dale Carnegie o Norman Vicente Peale dieron origen a un mensaje como éste. Lo hizo Dios. Escuche a estos tres consejeros bíblicos:

Salomón, refiriéndose a nuestras actitudes dice: "Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él" (Proverbios 23:7).

Pablo, refiriéndose a los pensamientos dice: "Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad" (Filipenses 4:8).

Pedro, refiriéndose a la mente dice: "Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento..." (1 Pedro 1:13).

Los pensamientos positivos o negativos se fortalecen cuando son fertilizados con la repetición constante. Tal vez eso explica por qué tantas personas que son melancólicas permanecen en ese estado de ánimo y por qué otros que son alegres y entusiastas continúan siéndolo aun en medio de circunstancias difíciles. Por favor no me entienda mal. La felicidad (como el ser vencedor) es asunto de pensar bien y no depende de la inteligencia, la edad o la posición social. Nuestra actuación está directamente relacionada con los pensamientos que hemos depositado en el banco de nuestra memoria. Sólo podemos retirar lo que hemos depositado.

¿Qué clase de funcionamiento tendría su automóvil si cada mañana antes de ir a su trabajo usted le echara un poco de tierra en el carburador? Ese motor bien afinado, muy pronto estaría chisporroteando y tosiendo. Finalmente, rechazaría arrancar. Lo mismo ocurre en la vida. Si usted piensa y tiene una actitud estrecha y destructiva de sí mismo y de otros, producirá un lento pero constante desgaste en su motor mental. Esto lo sacará del camino mientras los demás lo pasan.

Usted necesita sólo un capataz en s~ fábrica y su nombre es el señor "Sigue avanzando". El está deseoso de ayudarle. En realidad, está al alcance de todos

los miembros de la familia de Dios. Su nombre verdadero es el Espíritu Santo, el Ayudador. Si el señor "Deja todo de lado" ha estado demasiado ocupado como su capataz en la línea de montaje mental, despídalo inmediatamente y deje el control al Espíritu Santo. Usted realmente se sorprenderá de lo bien que funcionará la fábrica bajo su liderazgo.

# *CAPITULO 19: HÁBITOS*

**Yo era uno de aquellos que acostumbraba comerse las uñas, incluso hasta llegar a la misma piel. Les daba mordidas tan pronto daban los primeros indicios de crecimiento. Por más de veinte años llevé conmigo diez muñones que resultaban en dos experiencias penosas:**

1. Vergüenza personal. Siempre temía las rutinarias inspecciones de manos que se realizaban en escuelas o campamentos y aun en los consultorios de los médicos, pues éstos se lamentaban de mi apariencia.
2. Limitaciones físicas. Si se me caía una moneda, no podía ni pensar en recogerla. Lo mismo ocurría al tratar de recoger un palillo de dientes o al tratar de sacar una espina o meter un tornillo diminuto. Mi madre trató toda clase de triquiñuelas para detenerme en mi costumbre: sobornos, esmalte súper picante que quema la boca, guantes día y noche, exhortaciones en privado y vergonzosos reproches en público. Sin embargo, nada funcionó, absolutamente nada. Seguía comiéndome las uñas hasta que sangraban. Recuerdo que cuando salía con alguna joven, todo el tiempo que estaba con ella trataba de esconder mis manos en los bolsillos para que ella no observara mis dedos. Evitaba juegos y las artes manuales en las que se exhibirían mis manos. Pasaba por alto las lecciones de piano y hasta evitaba probarme anillos. ¡Cómo odiaba ese hábito! Tenía tantas ganas de dejar de hacerlo que me desvelaba pensando en eso. Pero el hecho era que no podía. A pesar del dolor y la presión, ese hábito, como todos los hábitos, me tenía fuertemente aprisionado.

> El escritor norteamericano Horace Mann alguna vez declaró: "El hábito es un cable; vamos trenzando una hebra cada día hasta que ya no podemos romperlo."

Sin embargo, Dios comenzó a traer convicción a mi vida concerniente a aquella costumbre de comerme las uñas. Me da vergüenza admitirlo, pero a Dios le tomó cerca de una década traerme al punto de una victoria final y completa. Durante el proceso, Dios, de manera suave pero directa me guió a que pensara que éste era un aspecto de mi vida mucho más profundo que simplemente diez dedos con las uñas comidas. Yo estaba esclavizado, dirigido y manipulado por la enredadera espinosa llamada hábito. Estaba viviendo una contradicción a la verdad liberadora de 1 Corintios 6:12:

“Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen; todas las cosas me son licitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna”.

A usted le costaría creer la ardiente convicción que este versículo una vez encendió dentro de mí. La palabra griega que es traducida aquí "dominar" significa "sujetar bajo autoridad". Un examen minucioso nos revela que este versículo no se está refiriendo a algo malvado o ilegal, sino a algo que es en realidad lícito pero que no me conviene. Mi primer encuentro este versículo no fue el capítulo final de mi hábito, pero fue un punto importante en mi cambio, gracias a Dios.

La reacción que puede producir este testimonio acerca de comerse las uñas tiene efectos bastante extensos. No hay persona que lea este libro que esté completamente libre de malos hábitos, sean éstos legales o ilegales. Ese es el precio que pagamos por ser humanos. Algunos pueden estar luchando contra hábitos tan comunes y aceptados como el exceso en la comida, la exageración, el engañar o aplazar las cosas. Otros, por hábito, son negativos y sospechosos y

habitualmente tienen respuestas de mente cerrada. Aunque algunas personas son desagradecidas y exigentes, otras son derrochadoras y tienen poco discernimiento.

Algunos de ustedes se sienten atrapados por la dependencia del consumo de alcohol, adicción a la droga o un constante anhelo de nicotina o cafeína. Otros están atrapados por la pasión sexual o por una píldora para cada enfermedad. Los hábitos tales como el chisme, la preocupación, la irritabilidad o el lenguaje indecente son practicados sin culpabilidad y justificados por medio de tretas mentales mañosas pero bien planificadas. La lista es interminable, debido a que los hábitos son tan numerosos, como los detalles que componen la vida. En vez de agrandar la lista, quiero que nos enfoquemos en cinco sugerencias que pueden arrancar aquellas espinas que obstruyen nuestro libre caminar.

- Deje de hacer excusas. Rechace realizar contentados como éste: "Ah, así soy yo. Siempre lo he sido, siempre lo seré. Después de todo, nadie es perfecto." Esta excusa le mete en la desobediencia y lo anima a disminuir o aun hacer caso omiso completamente de la obra de convicción que realiza el Espíritu Santo.
- Use una estrategia. Acérquese a su blanco con un rifle, no con una escopeta. Ataque a cada hábito uno por uno, no todos a la vez.
- Sea realista. No podrá vencer rápidamente ni será una tarea fácil. Tampoco crea que su resolución a terminar con ese hábito instantáneamente será algo permanente. Sin embargo, las faltas periódicas son mejores que la esclavitud habitual.
- Tenga ánimo. Dese cuenta de que por primera vez en años está en el camino hacia el triunfo final. Mantenga el entusiasmo, pues éste fortalece la autodisciplina e incita una actitud de persistencia.

- Comience hoy. Ahora es el mejor momento en lo que va de su vida. Postergarlo significa una admisión de su derrota y esto solamente intensificará y prolongará su revés en la batalla para tener confianza propia.

Extraer las dolorosas espinas de los hábitos, ayuda a capacitar al peregrino a enfocarse menos en sí mismo y a poner más atención en Aquél que es digno. Y lo más emocionante de todo es que Él estará allí en la mañana, listo para ayudarle durante el resto del día. Lo hará con todo el poder que usted necesita, momento a momento.

¿Necesita que yo le dé alguna prueba? Qué tal si para probarlo le muestro las uñas de mis manos.

“Las cadenas del hábito son muy pequeñas como para ser percibidas hasta que sean demasiado fuertes como para ser rotas”. Benjamín R. Dejung.

# *CAPITULO 20: CLICHÉS*

**He gustaría iniciar un nuevo club, pero no uno cualquiera. Por mucho tiempo he tenido tatuados debajo de mis párpados el nombre y los requisitos para ser miembro de este club. Voy a llamarlo el Club DTC: Destructores de Todo Cliché. Entrar no será una tarea fácil. Para ser miembro usted tendrá que comprometerse a una vida de disciplina verbal.**

Deberá prometer que efectuará un valiente escape de la penitenciaría de expresiones desgastadas donde ha estado prisionero por tantos años. Pero eso no es todo. Tendrá también que comprometerse a expresarse de formas frescas y penetrantes tanto con Dios como con sus prójimos humanos. Antes que forme una fila para hacerse miembro del DTC, déjeme advertirle lo siguiente:

Los derechos son muy elevados. En primer lugar, usted tendrá que quemar gran parte de su "lenguaje espiritual", lanzando a la hoguera su preciada lista de expresiones favoritas. En segundo lugar, se requiere que usted estire los músculos mentales al esforzarse por sustituir sus expresiones religiosas por términos con significado.

¿Todavía desea ingresar a este club? Entonces, en tercer lugar, los estatutos requerirán que aprenda a ajustarse a un mundo libre de la seguridad que le otorgan algunos de esos trillados clichés, tales como:

- Presídenos, guíanos y dirígenos
- Que el Señor añada su bendición a la lectura de su Palabra
- Confío en que esto será una bendición para tu corazón y tu, vida (bostezo)

- Sólo confía en el Señor
- Comparta su testimonio
- Bendice a tochos los misioneros
- Te damos gracias por todo
- Todas las cosas ayudan a bien
- Bendice estas ofrendas o los que han ofrendado
- Inclinemos juntos nuestro corazón
- Tiempo de confraternidad (zzzzz)
- Bendice nuestros cuerpos y corazones
- Partió a la gloria

E infinitas expresiones más. Ahora espere deténgase y piense por un momento antes que comience a lapidarme. ¿No ha oído esas frases trilladas que se repiten cada día en la televisión? Casi dan ganas de gritar cada vez que se las escucha. Por ejemplo: “Volvemos después de unos cortos mensajes comerciales."Tal vez usted esté tan hipnotizado o mejor dicho, embalsamado, que ya ni si quiera las oye.

Parece que algunos cristianos han desarrollado como un arte de usar palabras gastadas, rutinarias y trilladas, es decir, ciertos clichés. En realidad cliché es un término francés. Originalmente significaba “estereotipo”: que es definido como algo que se repite sin variación. Son repeticiones frecuentes y casi mecánicas de la misma, cosa, algo que se conforma a un patrón.

Es como un disco rayado o lo que hace una de esas muñecas modernas que repiten frases pregrabadas y dicen siempre lo mismo. O qué tal el continuo anuncio que se escucha en algunos aeropuertos de los Estados Unidos que nos

recuerda que no debemos estacionar nuestros automóviles en la zona de carga y de descarga.

Tanto los escuchamos que ya nadie le presta atención. En determinado momento el Señor declaró  a los fariseos culpables de que cuando oraban usaban "vanas repeticiones" (Mateo 6:7). ¿Y no lo hacemos nosotros? ¿Estamos calificados para sentarnos a juzgar? En Otra ocasión Jesús les reprochó por tratar de parecer y sonar como justos delante de los hombres, cuando internamente estaban llenos de hipocresía (Mateo 23:27-28).

Entonces, ¿quién de nosotros está dispuesto a lanzar la primera piedra a los fariseos? Sin querer sonar como un hereje ultra crítico, nombraré algunos lugares donde abundan los clichés del siglo veinte:

- En los añejos y rutinarios testimonios que tienen falta de pertinencia y que carecen de pensamientos originales.
- En las oraciones publicas particularmente en los grupos en que oramos por turnos de un círculo o en la oración pastoral y antes de recibir la ofrenda:
- En los programas religiosos de radio y televisión, especialmente cuando el locutor o el predicador no está preparado y recae contantemente en su deteriorada reserva de jerga religiosa.
- En sermones viejos, recalentados en el horno del sábado por la noche para ser servido a la mañana siguiente.
- En las conferencias misioneras, Conferencias, bíblicas, conferencias para varones, conferencias para parejas, conferencias con temas proféticos, conferencias para la familia y mejor dicho, en la mayoría de las conferencias.

- En las respuestas a preguntas comunes sobre Dios, la Biblia y cosas que producen dudas.
- En aquel ligero "consejo bíblico" a los enfermos, a quienes han cometido pecado o a los que sufren tristezas.
- En las ceremonias nupciales y en los funerales. En los largos devocionales que se encuentran metidos al final de un tiempo de "diversión". En los anuncios públicos hechos durante la apertura de la escuela dominical.
- En los saludos que se envían en Navidad, Semana Santa, el Día de las Madres y otros días parecidos.
- En las irritantes y rutinarias invocaciones y bendiciones.

Sinceramente no estoy condenando, más bien suplicando. Somos testigos y portavoces de un Dios de variedad infinita, de creatividad ilimitada, un Dios de majestad y belleza indescriptibles. Tenemos en nuestra posesión un emocionante mensaje de esperanza y una conmovedora invitación para que otros se acerquen al Salvador.

¿Podemos encontrar justificación para vestir esta esperanza con ropa de duelo o dar a conocer este mensaje de acercamiento al Dios viviente, con una constante monotonía? Anhelo que los que están afligidos con esa fraseología anémica se acerquen para recibir una transfusión. Estoy solicitando que admitamos francamente que nuestras respuestas de línea de montaje y declaraciones rancias están cubiertas con la telaraña de la tradición tejida por la araña de la flojera.

Muchas de nuestras palabras perdieron su impacto hace muchos años atrás y tienen las marcas de un uso excesivo y abuso. Las espinas han germinado, han florecido y se han reproducido hasta el punto que han limitado la luz y el aire

fresca. Pablo describió su vida y servicio al Rey de reyes ante cinco grupos distintos de personas.

Lo hizo uno tras otro y frente a cada uno de ellos mantuvo su creatividad. Usted no encontrará ni un solo cliché en el registró inspirado de las palabras del apóstol (Hechos 22-26). Si Pablo pudo hacerlo, también lo podemos hacer nosotros. En este momento, abiertamente quiero someter a vuestra consideración una confesión.

Los predicadores somos los que más usamos clichés. Creo que si se multara con cinco dólares por cada cliché que se escape del púlpito, la mayoría de nosotros estaríamos en quiebra al final del Mes. Por lo tanto, firmemos juntos un pacto y comencemos juntos el proceso de unirnos al DTC, ¿de acuerdo? Yo haré todo lo que esté a mi alcance para hacer los ajustes necesarios en mi labor de comunicación, si usted también lo hace.

Fumiguemos nuestras frases, destruyamos para siempre esa plaga verbal de langostas que amenaza con consumir la vitalidad y frescura de nuestro mensaje que es totalmente importante. Todos los miembros potenciales del “Club de destructores de todo Cliché”: Firmen su carnet de membrecía ahora mismo. Yo también ya saque mi pluma.

# *CAPITULO 21: SUPERSTICIÓN*

**La gran plaga se extendió a través de Europa como una niebla densa y oscura. Vino como un ladrón en la noche: sin anuncio, peligroso y silencioso. Antes de marcharse había matado a 25 millones de personas en las Islas Británicas y en Europa. El índice de mortalidad era aterrador. En mayo de 1664 se informó de algunos casos aislados, los cuales fueron pasados por alto tranquilamente. Exactamente un año después, 590 personas habían fallecido durante el mismo mes. En el mes de junio 6.137; en el mes de julio 17.000 y en el mes de agosto más de 31.000 personas habían fallecido. El pánico asaltó y más de los dos tercios de la población restante huyó de sus casas para escapar de la muerte.**

Esta plaga fue llamada La Muerte Negra por dos razones:

1. El cuerpo de la víctima se volvía negro, pues manchones negros cubrían su piel.
2. Existía una negra ignorancia con respecto a su causa, y debido a esto no existía una cura,

A alguien se le ocurrió la inocente idea de que el aire contaminado era la causa de esta plaga. Debido a esto, la gente comenzó a llevar en sus bolsillos pétalos de flores, pensando de manera supersticiosa que la fragancia los protegería de la enfermedad. Los grupos de víctimas, si es que eran capaces de caminar, eran sacados de los hospitales. Tomados de las manos caminaban en círculos entre los jardines de rosas, respirando profundamente el aroma de las plantas florecientes. En algunos casos en que los pacientes no podían levantarse de la cama, los médicos les llenaban los bolsillos con coloridos pétalos de ramilletes. Al visitarlos,

caminaban entre las ramas esparciendo pétalos de las flores sobre y alrededor de la víctima.

Al acercarse la muerte, con sinceridad se realizaba otro acto supersticioso. Muchos creían que si los pulmones estaban libres de contaminación, podían retener la vida. Por lo tanto, ponían cenizas en una cuchara y se las acercaban a la nariz del enfermo. Esto provocaba uno o dos estornudos. Pero ni las flores ni los estornudos provocados por la inhalación la ceniza disminuían el porcentaje de muertes. No se podía frenar esa plaga sino, hasta que la causa verdadera fue descubierta. La causa de esta plaga era las mordidas de ratas o las picadas de pulgas contaminadas.

Esta terrible experiencia dio a luz una cancioncita que los niños inocentes todavía cantan en sus juegos.

“La superstición, aunque impulsada por la sinceridad, trae la pialo de la esclavitud. La sinceridad no libera; es Jesucristo quien lo hace”

Esta canción se escuchó por primera vez de los labios ele un mugroso anciano que empujaba un carretón recogiendo cadáveres en un callejón de Londres.

“Demos una vuelta a las rosas, llenemos los bolcillos de flores. Cenizas, cenizas, todos caeremos”.

Concebida en la mente debido a la ignorancia, la superstición cultiva la inseguridad y envía una legión de grietas en la estructura de nuestro carácter. La superstición se alimenta de mentiras exageradas de fabricación propia que crecen tan gruesas que sus ramas ocultan el sentido común y b que es peor, ella nos oculta de Dios.

Se encuentra superstición en los deportes. Algunos jugadores de baloncesto testifican que no pueden jugar a menos que pasen por ser extraño ritual de precalentamiento. El gerente de un equipo profesional de béisbol no se atreve a pisar la línea blanca entre las bases. Algunos jugadores profesionales de fútbol tiene ciertos bailes supersticiosos que ejecutan desde sus anotaciones, y es mejor que uno intente: detenerlos. Un corredor olímpico hace algunos años admitió que tenía que frotar la medalla que colgaba de su cuello, pues si no lo hacía no se sentía preparado mentalmente. La televisión informó que uno de los esquiadores olímpicos de Estados Unidos ponía un trébol de cuatro hojas en el bolsillo de su chaqueta antes de dirigirse a las montañas.

La superstición esclaviza a muchos actores y músicos. Usted tendría dificultades para creer si supiera las contorsiones mentales que realizan antes de sus actuaciones Los estudiantes son supersticiosos en lo que se refiere a obtener buenas calificaciones. Los ancianos tienen en supersticiones con respecto a su seguridad en la casa. Las madres son supersticiosas con respecto a sus bebés en las noches. Los hombres son supersticiosos acerca de su éxito en las ventas o el futuro de sus carreras. Millones de personas son supersticiosos con respecto a las predicciones astrológicas.

¿Sabe qué es lo peor? La superstición con respeto a Dios. Los reformadores estaban entre los primeros en observarla y llamarla por su nombre. Escribían acerca de ella, predicaban en contra de ella y la exponían públicamente Eran martirizados por esto. La superstición religiosa es despiadada Antes de pasar por “alto lo que le digo, pensando que se aplica a otros pero no a usted, le ruego que dé una amplia mirada a su propia vida. La meta de la Superstición es esclavizar. Recuerde eso. Esa es la razón por la que la superstición es contada entre las espinas de la vida. Si algo en su cristianismo lo tiene esclavizado, es probable que

la superstición esté ya metida en el caldo de cultivo. Nuestro Salvador vino para darnos su verdad y para liberamos. La superstición, aunque impulsada por, la sinceridad, trae la plaga de la esclavitud. La sinceridad no libera; es Jesucristo quien lo hace.

Usted puede ser muy sincera Tan sincero como un puñado de pétalos en el bolsillo, o una cucharada de cenizas, o una canción en un callejón solitario. Pero ¿de qué sirve una canción si ésta se canta a un cadáver?

## *CAPITULO 22: OCUPACIÓN*

**Corre, santo, ¡corre! Citas; actividades, tareas. . . ¡corre! Demandas, decisiones, vencimientos. . . ¡corre! Horarios, cultos, seminarios. . ¡Corre! Planes, programas, personas. . Detente.**

Quisiera que se detenga y se siente por un momento. Deje que su motor se enfríe y piense, para variar un poco. Piense en su ritmo de vida y su ocupación. ¿Cómo quedó atrapado en esta trampa? ¿Qué lo mueve a seguir echando carbón al fuego de su caldera? ¿Todavía no he podido captar su atención? Entonces, dé una mirada hacia atrás. Le ruego que mire a unos tres o cuatro meses atrás. ¿Puede nombrar algo significativo que ha logrado? ¿Le acompañan muchos sentimientos que revelan su realización? Si es lo suficientemente sincero, probablemente me responderás que no.

Hay un hombre en Oklahoma llamado Sullivan que sabe muy bien como ustedes sienten. Allá por los años sesenta, barrió con su ciudad desarrollando el más grande de los clubes de jóvenes llamados Clubes de Vida Joven. Pero eso no fue lo único con que él barrió. Junto con eso sacrificó también su hombre con quien era muy difícil llevarse y convivir.

Su esposa, Carolyn, estaba llegando al cansancio, al igual los hijos quienes rara vez veían a su padre. Y cuando lograban verlo mientras estaba con ellos se irritaba fácilmente. Aunque en esos momentos él no se daba cuenta, ese estilo de vida completamente acelerado de Sullivan era una técnica escapista. Escuche la propia admisión que realiza en su libro "***The Frog Who Never. Became a Prince***": "Yo era un hombre qué existía en una concha. La culpa, el odio y el resentimiento

brotaban dentro de mí. Los malos pensamientos resultantes se volvieron casi insuperables”.

¿Qué ocurrió? ¿No era este hombre un cristiano, trabajando en una organización cristiana? ¿No estaba divulgando el evangelio, alcanzando a la juventud? Por supuesto que sí Sin embargo, Sullivan sustituyó la vida por la, actividad, las prioridades con significado„ por la ocupación. Un día, a fines de noviembre, Carolyn le hizo una pregunta a su esposo cuando él corría hacia la puerta ya que debía salir para dar una conferencia en un campamento Ella le dijo. "¿Sabes o siquiera te preocupa que desde mediados de septiembre hasta- hoy no has estado en casa ni una sola noche?" Poco después, ella tuvo un quebranto emocional y él llegó a contemplar la posibilidad de suicidarse,

PALABRAS DOLOROSAS, PERO VERDADERAS. ¿LE SUENAN CONOCIDAS? ¿SABE PORQUÉ?

Las ocupaciones excesivas violan las relaciones personales. Sustituyen las amistades profundas en un frenesí superficial. Prometen sueños satisfactorios pero entregan pesadillas vacías. Alimentan el ego pero matan de hambre al hombre interior. Llenan los calendarios, pero deshacen las familias. Cultivan los programas pero corroen las prioridades.

Muchas congregaciones se enorgullecen de sus numerosos programas. Dicen: "Algo cada noche y algo para todos.» Qué lástima. Con buenas intenciones la asamblea local puede crear exactamente la misma atmósfera que se supone debe evitar. Aquel que nos ha instruido al decir: "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios», debe de sentir dolor cuando es testigo de nuestros movimientos frenéticos, compulsivos y agitados. En vez de un espíritu quieto, preparado para” responder, le ofrecemos una lavadora de ropas interior, agitada por la ansiedad, entorpecida

con un amontonamiento de actividad« y rebosando con resentimiento e impaciencia. Creo que a veces el debe de observar nuestras convulsiones con un profundo suspiro.

Uno de mis sabios mentores alguna vez declaró:

***Muchas de nuestras actividades en estos días no son más que un anestésico barato para amortiguar el dolor de una vida vacía***.

***PALABRAS AGUDAS, PERO VERDADERAS. ¿DESEA CAMBIAR? ¿SABE CÓMO?:***

Primero, admítalo. Usted está demasiado ocupado. Dígaselo a sí mismo. Dígalo a su familia, dígalo a sus amigos. Abierta y voluntariamente reconozca que lo que estaba haciendo es erróneo y que debe hacer algo, pero ahora. Hace poco yo hice eso mediante lágrimas, mi: familia y yo limpiemos algunos puentes quedas espinas habían cubierto.

Segundo, deténgase. A partir de hoy rechace toda actividad que no sea absolutamente necesaria. ¿Suena despiadado? Así también parece el sonido del reloj y así también es la perdida de la salud. Comience a decir: "NO." Practíquelo en voz alta algunas veces. Pronúnciela muy bien y detenidamente, repita algunas veces la 'palabra "NO." La estructura fonética de esta palabra de dos letras no es tan difícil. Si es factible, renuncie a algún comité o tal vez a dos, o tres o cuatro. Deje de creerse tan importante. Encontrarán a otra persona o tal vez serán lo suficientemen-te sabios para adoptar otro plan de acción.

Tercero, manténgalo. Es fácil comenzar apresura-damente y terminar rápidamente. Converse con su familia acerca de algunas formas de invertir más tiempo con ellos. Sin la televisión y sin disculparse por jugar y reírse; y por hacer

cosas divertidas o aun locuras. Y sin necesidad de gastar montones de dine-ro para entretenerse.

Cuarto, compártalo No pasará mucho tiempo sin que comience a cosechar los beneficios de poner primero lo que es primero: Hágalo conocer a otros. Infecte a otros con esos gérmenes de su experiencia emocionante. Créame, dentro de la comunión de los santos hay mu-chos adictos a las actividades a quienes les encantaría dejar de correr, si solamente supieran hacerlo.

Pregúntele a James Sullivan. Su sobrenombre es "Sapo". Cuando por fin fue besado, casi era demasiado tarde. Casi.

«Dentro de la comunión de los santos hay muchos adictos a las actividades a quienes les encantaría dejar de correr, si solamente supieran hacerlo."

# CAPITULO 23: EROSIÓN

Sólo recuerdo dos cosas de mi clase de química en la escuela secundaria. En primer lugar, que realizando unas aplicaciones de acido sulfúrico por treinta y tres días consecutivos, terminé con una verruga que tenía en la mano. En segundo lugar, recuerdo que en un inolvidable experimento tuve la oportunidad de observar la muerte lenta de una rana.

Mi profesor colocó a la pobre rana en un gran recipiente de agua fría. Este recipiente fue colocado sobré un quemador con una llama muy pequeña para que el agua se calentara lentamente. Creo que calentaba sólo unas pocas centésimas de grados por segundo. En realidad, la temperatura se incrementó tan lentamente que la rana nunca se dio cuenta del cambio. Después de dos horas y media la rana había muerto. Murió hervida.

El cambio ocurrió tan gradualmente que la rana ni siquiera trató de saltar ni dio una patada de disgusto.

Como estaba tan atento a la repulsiva  demostración, no me di cuenta de que allí estaba siendo testigo del establecimiento de un principio tan profundo que me recordaría aquella rana por el resto de la vida. En una palabra ese principio puede describirse como erosión el precio silencioso del deterioro.

Los primeros once capítulos del primer libro de Reyes registran la decadencia de un gran hombreen el hombre más grande de aquella época.

Bendecido con sangre real y gran sabiduría, Salomón era la persona naturalmente apta para el trono de David. Como el heredero forzoso, fue instruido a los pies de Natán, adiestrado en el corazón de Bersabé, pulido bajo los ojos de David y

madurado por la mano de Dios. La marca de la excelencia estaba sobre él. Aunque era joven cuando su padre murió, estaba enteramente preparado para tomar el cetro y reblar sobre Israel.

Sabiduría, lealtad, diplomacia, fidelidad y eficien-cia caracterizaban las actitudes y acciones del talentoso hijo de David durante los primeros años de su reinado. Pero lo mejor de todo es que Salomón «amó a Jehová" (1 Reyes 3:3) y caminó cuidadosamente en sus caminos. Sus logros, su poder, su influencia internacional y sus riquezas no eran nada menos que fenomenal:

***Y Dios dio a Salomón sabiduría y prudencia muy grandes, y anchura de corazón como la araña que está a la orilla del mar. Era mayor la sabiduría de Salomón que la de todos los orientales, y que toda la sabiduría de los egipcios. Aun fue más sabio que todos los hombres y es conocido entre todas las naciones de alrededor. Así excedía el rey Salomón a todos los reyes de la tierra en riquezas y en sabiduría. Toda la tierra procuraba ver la cara de Salomón.*** 1 Reyes 4:29-31, 10:23-24a

Se ha comprobado que sus ingresos anuales alcanzaban cifras millonarias. El logro sin paralelo de su vida fue el diseño y la construcción del templo de Salomón, una de las siete maravillas del mundo antiguo. Después de ir a conocer el reino de Salomón y a satisfacer su mente comprobando que todo lo que había oído no era una mera exageración, la suspicaz reina de Sabá admitió humildemente:

***. . . pero yo no lo creía, hasta que he venido, y mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad; es mayor tu sabiduría y bien, que la fama que yo había oído.*** 1 Reyes 10:7

En una palabra, Salomón lo tenía todo.

Sin embargo, lentamente las cosas comenzaron a cambiar. Casi como si hubiera dominado al hombre y a Dios, Salomón tomó las riendas de la transigencia y del mal y se condujo a las nebulosas planicies del libertinaje, el orgullo, la lujuria y la idolatría. Tal como el loco Nerón que apareció más tarde en la historia, Salomón se convirtió en un irracional, un sensual y aun escéptico de las cosas que antes para él eran preciosas.

Capas de polvo se acumularon en el majestuoso templo que había construido, ya que el monarca ponía su atención en otro proyecto: la construcción de extraños edificios para dioses extraños a que él y sus extrañas esposas ahora estaban si Salomón (como muchos otros monarcas grandes vendedores, altos directivos, prima del deporte, o señoritos célebres del espectáculo) simplemente manejaba e iba demasiado lejos. Los buitres de su propia vulnerabilidad pronto localizaron su cadáver y comenzaron a alimentarse de sus vísceras. Prematuramente llegó el' final de su vida ahora estéril Su llamada "historia de éxito" ahora hiede.

El hijo de David murió como un libertino, como Un cínico tan saciado por el materialismo que la vida eta todo «vanidad y aflicción de espíritu" (Eclesiastés 2:26b). Salomón dejó una nación confundida, en conflicto y preparada 'pare ser fracturada por una guerra civil.

El deterioro nunca es repentino. Ningún jardín repentinamente se cubre de espinas. Ninguna iglesia repentinamente se divide. Ningún edificio repentinamente se desploma. Ningún árbol, cae, como tampoco ningún matrimonio se destruye repentinamente. Ninguna nación se convierte repentinamente en un poder mediocre. Ninguna persona se convierte repentinamente en ruin. Lentamente, casi en forma imperceptible, ciertas cosas que antes eran rechazadas comienzan a ser aceptadas. Cosas que antes eran consideradas hirientes, ahora secretamente son

toleradas. Al comienzo apetecen como inofensivas, incluso hasta emocionantes, pero la brecha que abren deja un espacio que se va ampliando mientras la erosión moral junta sus manos con el decaimiento espiritual. La brecha se convierte en una inmensa quebrada. El camino que al hombre parece derecho, se convierte en realidad en camino de muerte. Precisamente Salomón- escribió eso y el debiera haberla sabido.

Presten atención, ustedes que están firmes, miren no caigan. Tengan cuidado de no cambiar sus normas a fin de que éstas correspondan a sus deseos. Sea muy cauteloso para que no lleguen a inflamarse con pensamientos sobre su propia importancia. Estén alertas a las trampas que hay en la prosperidad y el éxito. Si Dios dispone dotarlos de riquezas, y éxito, no se asusten ni se sientan culpables. Sola-mente permanezcan en equilibrio. Recuerde a Salo-món, quien en un corto espacio de tiempo pasó de ser un sabio, pero humilde hombre, hasta llegar a ser un hombre necio y vanidoso.

Ahora estoy muy agradecido del experimento del que fui testigo en aquella clase de química en 1951. En aquel momento pensaba: Que fastidio. Pero ya no. La verdad es que el recuerdo de la muerte aquella rana me ha librado de muchos apuros.

# CAPITULO 24: APRENSIÓN

La escena es la sala de espera de un hospital. Algunos asientos, algunos periódicos, alfombras, cortinas, tenues luces y una mujer uniformada en el escritorio de recepción, una tanta camada de responder las mismas preguntas. Olores extraños, ceniceros llenos de colillas de cigarrillos, y por supuesto, gente.

En todo lugar hay gente. Hay un ir y venir constante de personas y sus rostros están marcados por la prisa y la preocupación. Allí, hablando en voz baja o simplemente mirando hacia el espacio, me rodean pequeños grupos de tomadores de café. De cuando en cuando pestañean y parecen ensimismados en el mundo de su propia aflicción. Algunos están sentados solos y por cerca de diez minutos examinan inquietos la misma página de un fibra De pronto aparece un cirujano con su uniforme verde desteñido; lleva noticias para quienes esperan. Los ceños se fruncen, los labios se aprietan, las cabezas se mueven. Las lágrimas caen. Todos los que allí se encuentra clavan la vista por un momento en los que están recibiendo la noticia, y se identifican con ellos. Muy pronto todo queda en silencio otra vez. Se aumenta la aprensión, ese mal presentimiento, ese temor vago, esa idea infundada o extraña, y la vida sigue su curso.

Si yo hubiera sido un insecto posados en las paredes de aquel establecimiento esterilizado, habría podido recordar otros lugares en los cuales había estado y había percibido la aprensión en mis incursiones de insecto. Habría recordado haber estado en una sala de clases observando a una maestra de escuela en su primer intento de tratar con estudiantes de secundaria. O habría pensado en aquel difícil momento de intenso estudio que tiene un estudiante de medicina en su último año, cuando se prepara la noche anterior a su examen oral. Como insecto

que ha visitado varios lugares, tal vez recordaría aquel momento de aprensión que vivía un padre en el aeropuerto al despedirse de su hijo que se marchaba al extranjero para servir en las fuerzas armadas. O tal vez pensaría en esa sala cuna en que la madre durante toda la noche queda sentada al lado de la cama de su pequeño niño que tiene una fiebre muy alta. Si hubiera sido insecto, tal vez habría recordado el día en que al ir volando me posé en el parabrisas de un automóvil, de esos que viajan a través del país, llevando a una familia a un vecindario desconocido, con calles desconocidas y con desafíos desconocidos. Tal vez también recordaría el negocio que pertenecía a un hombre de nego-cios quien estaba siendo exprimido por la opresiva inflación y que no sabía de dónde sacaría el dinero para pagar los sueldos de fin de mes.

La aprensión es extraña. Se sitúa uno o dos puntos por sobre la ansiedad, pero se siente como su hermana gemela. No es tan fuerte como para convertirse en temor, pero tampoco es tan leve como para que sea algo divertido. Se encuentra en la categoría de emociones mezcladas.

(Por supuesto que usted conoce la definición de emociones mezcladas. Es ese sentimiento que experimenta cuando recibe la información de que su suegra se cayó a una quebrada con el Mercedes Benz nuevo que usted le había prestado. Usted en realidad no sabe mostrarse sorprendido o aliviado, y por lo tanto, sólo da cuerda a su reloj, mira al suelo, respira profundo y pide a Dios sabiduría.)

De algunas formas, la aprensión lo deja paralizado, inmóvil. Es un desasosiego indefinido, un sentimiento de incertidumbre, recelo e intranquilidad. Lo que la frustración es con respecto al ayer, la aprensión es con respecto al futuro.

Pablo la sintió cuando puso en su mira el pesado horizonte de Jerusalén. Su admisión la encontramos en Hechos 20:22: ***Ahora, he aquí, ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer.***

Pablo metió mucha emoción en esas diecinueve palabras. ¿Cómo se sentía? Ligado en espíritu. ¿Por qué se sentía intranquilo? Él admite: me encontraba sin saber lo que allá me ha de acontecer. Esa es la espina de la aprensión. No es un pecado, no es una razón para avergonzarse. Más bien es una prueba de que usted es humano. Lamentablemente, tiende a sofocar sus sueños placenteros poniendo una almohada en la boca de su fe. Cuando súbitamente aparecen frente a usted las estadísticas pesimistas e intimidadoras, la aprensión atará una correa en su visión y tratará de domesticarlo tal como se adiestra a un animal inteligente.

Pablo se resistió a obedecer a la aprensión cuando ésta tocaba su silbato. Más bien, reconociendo abiertamente su presencia, él se mantuvo firme en las resonantes palabras de Hechos 20:24: ***Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús.***

El soldado llamado aprensión es impresionante solamente hasta que el oficial llamado determinación aparece y lo obliga a saludar. Esta verdad es mucho más real cuando el oficial llamado determinación ha sido comisionado por el Rey de reyes.

# *CAPITULO 25: IMPACIENCIA*

**Mientras escribo me encuentro a 10.700 metros de altura. Son las 5:45 de la tarde de un día sábado. Debieran ser las 4:15, pero el avión está atrasado una hora y media. La gente está de mal humor y algunos se notan absolutamente enojados. Las auxiliares de vuelo se disculpan y ofrecen más licor para apagar la ansiedad. Para complicar aún más las cosas, a un señor japonés que está en otra fila de asientos le está saliendo mucha sangre de la nariz; están tratando desesperadamente de darle instrucciones, pero no entiende ni una palabra de nuestro idioma.**

La comida ha llegado atrasada. La señora a mi lado izquierdo tiene una gripe severa y hace un enorme ruido cada vez que estornuda (cada noventa segundos; le tomé el tiempo). Suena algo así como un ternero que se muere en una tormenta de granizo o un alce con una pata en una trampa. Ah, una cosa más. La proyección de un video deportivo se dañó y junto con eso, el sistema nervioso de la mitad de los hombres en el avión. Parece un zoológico.

Todo comenzó con una demora. "Problemas mecánicos", dijeron ellos. "Inexcusable", respondieron un par de pasajeros. Francamente, prefiero que arreglen el daño antes de partir en vez de decidir hacer algo mientras vamos en camino. Pero a nosotros no nos gusta esperar. Las demoras son irritantes, provocadoras. Son como ruidos estridentes que alteran nuestros nervios. Con seguridad puedo decir que somos constantemente —y debiera decir, grosera-mente— exigentes. Queremos lo que queremos cuando lo queremos. Nadie piensa que las demoras son fáciles de aceptar.

¿Cuestiona usted mi afirmación? Póngase por un momento en estas situaciones:

1. Usted está en el supermercado. Será una de esas noches largas y de largas filas para pagar. El carro de compras tiene una rueda que se traba a cada momento. Finalmente escoge una fila en una de las cajas y solamente hay dos personas antes que usted. La cajera es nueva en su trabajo. Sus manos tiemblan y grandes gotas de sudor caen de sus sienes. Lentamente usted llega donde ella y en ese mismo momento se le acaba el papel de la caja registradora. No está segura de cómo cambiarlo y usted está atrasado. ¿Cómo reaccionaría?
2. Una noche sale a cenar con su familia a un restaurante. Es un lugar especial. Usted prácticamente ha ayunado la mayor parte del día para poder darse un banquete esa noche. Los ubican en sus asientos, reciben el menú, pero el lugar está sumamente ocupado y no llegaron al trabajo dos de los camareros. Allí se encuentra usted, sentado, hambriento como un búfalo en medio del invierno y frente a usted hay un vaso de agua y un menú que ha comenzado a morder. ¿Cuál es su respuesta?
3. Usted va al trabajo y está un poquito atrasado. La carretera está llena y usted decide acortar camino usando un atajo poco conocido y que sólo Daniel Boone pudiera encontrar. Comienza a encontrar todos los semáforos en verde y puede adelantar a camiones y choferes lentos. Justo en aquel momento en que comienza a sentirse más listo que todos, siente un ruido conocido que dice tacata, tacata, tacata. El cruce de ferrocarriles está cerrado y debe aumentar su demora. ¿Cómo responde?

Las virtudes del cristianismo son puestas a prueba en tales situaciones de la vida. Diríamos que ese es el momento de encarnar la fe. Las mejores pruebas de mi crecimiento cristiano ocurren en el andar de la vida y no en la quietud de mi oficina. Cualquiera puede caminar en victoria cuando está rodeado de libros y

silencio mientras los rayos calientes del sol atraviesan su ventana. Pero el atraso del avión en su salida, esas largas filas en el supermercado, aquellos restaurantes muy ocupados y esos cruces de ferrocarriles: ¡qué grandes fertilizantes para las espinas de la impaciencia!

A las auxiliares de vuelo no les interesaba mi teoría cristiana. No les importaba si yo creía en el rapto antes de la tribulación. Al camarero del restaurante no le impresionaría si pudiera comprobarle quién fue el escritor del pentateuco, ni la cajera del supermer-cado le miraría con reverencia si usted le informara de las características distintivas de la infalibilidad de las Escrituras que son parte de su creencia (aunque si usted habla de eso, tal vez ella sí se quede mirándolo).

Sin embargo, una cualidad —una sola virtud poco común, tan escasa como los diamantes y el doble de preciada— los atraerá hacia usted y suavizará su espíritu. Esa cualidad es la capacidad de aceptar las demoras con gracia, calma, tranquilidad y compren-sión. Y con una sonrisa. Si la túnica de la pureza es mejor que los rubíes, la de la paciencia es aun mucho mejor. ¿Por qué? Porque las fibras del desinterés y la bondad están tejidas en el telar divino y dirigidas hacia el interior de nuestra vida por el Espíritu de Dios. Pero, ay de mí, esta prenda rara vez completa todo nuestro atuendo.

¿Recuerda este versículo?

*Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz. . .*

¿Y qué más? Los tres primeros son el diseño necesario así como los botones y el cierre de la prenda. El resto le otorga el color y la belleza:

*. . Paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza....*

La capacidad de aceptar los atrasos o las decepcio-nes. La capacidad de responder con una sonrisa cuando algo nos detiene y reaccionar con un espíritu agradable y comprensivo. La capacidad de mantener la calma cuando quienes le rodean maldicen. Para hacer un cambio, yo rechacé ser irritado por las demoras de ese día. Le pedí al Señor que me mantuviera con calma y alegre, tranquilo y renovado. ¿Sabe qué? Él lo hizo. En realidad lo hizo. Sin pastillas, sin licor y sin palabras mágicas. Sólo descansando en el poder de Cristo Jesús.

No puedo prometerle que otros comprenderán su actitud. Aunque no lo crea, ahora tengo otro problema. Desde el despegue del avión he estado sonriendo a las auxiliares con la esperanza de animarlas. Acabo de escuchar que una le decía a otra: "Creo que ese tipo —el de los lentes — creo que ha tomado demasiado licor."

# *CAPITULO 26: FARISEÍSMO*

**Jesús suscitó una gran polémica el día que predicó su Sermón del Monte. Cualquier fariseo hubiera dado su último denario para ver a Jesucristo colgado ese mismo anochecer. ¿Piensa que lo odiaron? Más vale que lo crea. Lo odiaron porque no los dejó seguir cómodos con su religión falsa y sin sentido ni mucho menos con su fango que contaminaba al público.**

El Mesías desenvainó su afilada espada de la verdad el día que subió a esa montaña. Cuando descendió aquella tarde, de ésta goteaba la sangre de los hipócritas. Si en alguna oportunidad alguien descubrió el orgullo, Jesús lo hizo ese día. Sus palabras se enterraron en la piel como los arpones en la grasa de una ballena. Ellos nunca habían sido traspasados con tan mortal certeza. Como bestias hinchadas de las profundidades, los fariseos salieron a la superficie para que todos los vieran.

Si había algo que Jesús despreciaba, era precisa-mente aquello en que los fariseos eran expertos: el lucirse, el jactarse, la hipocresía. Eran los santurrones de Palestina, los primeros en alistar reclutas sin discernimiento para que ingresaran a la Orden Real de los que Apuñalan por la Espalda. Eran más que maestros en ofrecer oraciones para insultar a otros y pasaban días buscando formas de impresionarles con sus expresiones sombrías y salmodias monótonas y melancólicas. Lo peor de todo es que sembrando las semillas de sus espinas legalistas y nutriéndolas para que se convirtieran en amenazantes enredaderas de intolerancia religiosa, impedían que las personas sinceras buscaran a Dios.

Aun en nuestros días, las espinas del legalismo desparraman un veneno paralizante en medio del Cuerpo de Cristo. Ese veneno nos ciega, mella el filo de

nuestro cuchillo y produce el orgullo en nuestro corazón. Estas espinas muy pronto logran que nuestro amor sea eclipsado mientras se va convirtiendo en un lugar donde almacenamos una larga lista de req-uisitos. Nuestro amor se va convirtiendo en un grueso filtro que requiere que otros cumplan ciertos requisitos antes que los aceptemos. Aun el gozo de la amistad es fracturado por la mirada crítica y por la actitud de jueces que asumimos. Me parece una tontería que el compañerismo sea limitado a los estrechos rangos de las personalidades monótonas vestidas con un atavío "aceptable". En algunos círculos parece esencial tener el pelo corto, la cara bien afeitada, un traje muy formal (que combine el terno con la corbata, por supuesto). Sólo porque yo prefiero un cierto estilo o una determinada forma de vestirme no significa que eso es lo mejor o que todos deben hacer lo mismo. Tampoco significa que si alguien se viste en forma totalmente opuesta a mí está haciendo algo que no agrada a Dios.

Nuestro problema es que tenemos una inmensa intolerancia con aquellos que no encajan en nuestro molde, actitud que se manifiesta en la estoica mirada fija que damos o en el comentario sarcástico que realizamos. Esas reacciones legalistas y perjudiciales, aminorarán las filas de la iglesia local más rápidamente que un incendio en el sótano del edificio o una plaga de gripe entre la gente. Si usted cuestiona esto, dé una seria mirada a la carta a los gálatas. La pluma de Pablo se movía con tinta caliente mientras los exhortaba por haberse "alejado" de Cristo (1:6), por desechar la gracia (2:21), por ser fascinado por el legalismo (3:1) y por dejarse "esclavizar" por esta enfermedad paralizante (4:9).

Por supuesto que hay límites en nuestra libertad. La gracia no tolera la licencia para hacer lo que quiera. El amor tiene sus restricciones bíblicas. Lo opuesto al legalismo no es "haga lo que le da la gana". Quiero que entiendan que las limitaciones son mayores que las que la mayoría de nosotros nos imaginamos. Por

ejemplo, no puedo creer que la única música que le agrada a Dios sea la intelectual o los himnos antiguos. ¿Por qué no otro tipo de música? Tampoco creo que el atavío necesario para entrar al templo sean sólo los trajes y las corbatas. ¿Por qué no pueden usarse las guayaberas, una camiseta o los "blue jeans"? ¿Está sorprendido de lo que digo? Creo que sería bueno recordar quién es conmovido por las apariencias externas. Por supuesto que no es Dios.

***... Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.*** 1 Samuel 16:7b

¿Quién puede probar que la única voz que Dios bendecirá es la del ministro el día domingo? ¿Por qué no puede oír al vendedor el martes en la tarde o al maestro de secundaria el viernes en la mañana?

Creo que nos ayuda si recordamos que nuestro Dios reservó sus sermones más fuertes y más largos no para dirigirlos a los pecadores que luchaban, ni a los discípulos que se desanimaban, ni tampoco para la gente próspera, sino para los hipócritas, los vana-gloriosos, los legalistas: los fariseos de la actualidad.

El sermón del monte pronunciado por Jesucristo en una tarde hace muchos siglos, resuena todavía por las quebradas del tiempo con una fuerza libre de contaminación y con absoluta claridad.

Escuche lo que dice Mateo 6:1:

***Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos....***

En otras palabras, deje de jactarse. Deje de mirar a los demás por encima del hombro como quienes no llenan su molde preconcebido. Deje de exponer su bondad propia. Deje de llamar la atención hacia su propia rectitud. Deje sus ansias

de ser notado. Junto a esto está la advertencia a tener cuidado de los que rechazan dejar tal conducta. Y entonces, para fijar esa advertencia en la memoria de ellos, Él a continuación dio tres ejemplos específicos de cómo las personas se jactan de su propia rectitud para ser alabados por los demás.

En Mateo 6:2 dice "cuando des limosna" o cuando hagas obras caritativas para ayudar a otros en sus necesidades, "no hagas sonar trompeta". Háganoslo en silencio. . . en secreto (6:4). No gritemos en busca de atención como Tarzán columpiándose a través de la jungla. Quédese fuera de la escena, manténganse anónimo. No espere que su nombre sea esculpido en el lugar. A los fariseos les encanta jactarse de sus ofrendas. Les complace la adulación. Les satisface recordarles a otros que hicieron esto o aquello, o dieron esto o aquello. Jesucristo dice: No te jactes cuando uses tu dinero para ayudar a alguien.

En Mateo 6:5 habla sobre qué hacer "cuando ores". Él nos advierte que no seamos fanfarrones en nuestras oraciones públicas ni amemos estar en los sitios prominentes y decir tonterías a fin de que todos nos vean y escuchen. Los fariseos aman las palabras aduladoras y las frases melosas. Cada cosa que dicen en sus oraciones hace que quienes los escuchan pien-sen que esa alma piadosa reside en el cielo y fue enseñada a los pies del arcángel Miguel y el rey Jaime V. Usted está seguro que ellos no han tenido un pensamiento sucio en los últimos dieciocho años. . . pero también en silencio se da cuenta de que hay un enorme abismo entre lo que dice la jactanciosa boca y lo que hay en su corazón. Jesucristo dice: No te jactes cuando hables con el Padre.

En Mateo 6:16 habla sobre qué hacer "cuando ayunes". Ahora es el momento que el jactancioso está en su elemento. Se esfuerza por tratar de aparentar humildad y tristeza, esperando parecer cansado y con hambre. Como un pobre hombre que

acaba de cruzar el Sahara esa misma tarde. "No seáis como los hipócritas", ordena Cristo. Sin embargo, nuestro deber es parecer frescos, limpios y totalmente naturales. ¿Por qué? Porque es lo justo, lo verdadero, y es a ese a quien Él promete que recompensará. Jesucristo dice: No se jacte por haberse salteado dos o tres comidas.

No hay que darle vueltas. Jesucristo habló con palabras punzantes y duras sobre los fariseos. Cuando se trataba del estrecho legalismo o la santurronería jactanciosa, nuestro Señor no tenía pelos en la lengua.

Descubrió que esta era la única manera de tratar con las personas que se pasaban merodeando el lugar de adoración desdeñando y despreciando a otras perso-nas. No menos de siete veces el Señor pronunció "Ay de vosotros", porque lamentablemente, era el único idioma que entendía un fariseo.

Dos comentarios para finalizar.

1. Primero. . . si usted tiende hacia el fariseísmo en alguna forma, ¡deténgase! Si es ese tipo de persona que trata de intimidar a otros y los desprecia (mien-tras piensa cuán impresionado debe de estar Dios por tenerlo a usted en su equipo), usted es un fariseo del siglo veinte. Y con toda franqueza, esto incluye algunos que usan el pelo largo y prefieren una guitarra a un órgano. A los fariseos también les encanta creerse mucho.
2. Segundo. . . si un fariseo moderno trata de controlar su vida, ¡deténgalo! Recuérdele al hipócrita religioso que la paja en su ojo es un asunto entre su Señor y usted, y que él debe ponerle atención a la viga que está en su propio ojo. Sin embargo, lo más probable es que una vez que la persona se infecta, seguirá buscando defectos y alabándose a sí mismo por el resto de

su superficial vida, sofocado por la paja de su propio engreimiento, No olvide, los fariseos difícilmente escuchan.

# CAPITULO 26: AQUEL QUE CONQUISTARE

**Usted no necesita un libro que le cuente acerca de los gigantes y las espinas. Usted pudiera escribir su propio libro. Es muy posible que antes del desayuno ya haya luchado con dos de ellos.**

Seguramente usted es ya un experto en espinas. Toda la tarde ha sentido que una de ellas se le clava en el talón.

Tal vez sus gigantes no sean los gigantes míos. Pero usted tiene su propia tribu que corre desenfrenadamente en su vida y pisotea su paz y quietud.

Es posible que usted sufra de ciertas punzadas de espinas de las que yo nunca he oído hablar. Son espinas personales y profundas que ha llevado en su carne por años. Usted sangra en forma secreta y llora silenciosamente pero sigue adelante, día doloroso día tras otro. Ha sido muy duro pero usted ha logrado permanecer de pie, aunque ya ha comenzado a cojear.

No tengo forma de saber cuán altos son sus gigantes o cuán largas y penetrantes son sus espinas. Pero conozco a Alguien que lo sabe. Alguien que permaneció firmemente parado y absolutamente solo frente a un intimidador grupo de gigantes con nom-bres corno Soledad, Tentación, Tristeza, Fatiga, Ma-lentendido, Rechazo, Dolor y Muerte.

Qué apropiado fue que Aquél que conquistó a los gigantes fuera recompensado por los hombres con una corona de espinas.

Jesucristo no tenía que dejar un cielo sin espinas para venir a este planeta pisoteado por gigantes y plagado e infectado de espinas. Nadie lo forzó a venir. El vino voluntariamente y fue tan grande su impacto que los gigantes todavía

tiemblan al oír su nombre. Las enconadas espinas todavía siguen cayendo bajo el toque majestuoso del Maestro Cirujano.

Las espinas y los gigantes residen en este mundo, pero no gobiernan. Es el Maestro quien reina. Él reina; siempre lo ha hecho y siempre lo hará.

Y por medio de Él. . . también usted puede hacerla.

*DIGITALIZADO POR ABEL RAÚL TEC KUMUL*

*11-01-07*

---




